DE MI VIAJE

SL
1030

IMPRESIONES DE MI VIAJE A LA REPÚBLICA ARGENTINA

IMPRESIONES

DE MI VIAJE

A LA

REPÚBLICA ARGENTINA

R. 40.284

ILDEFONSO ARROYO

BIBLIOTECA DE LA RESIDENCIA VALLADOLID

VALLADOLID
Imprenta de la Casa Social Católica
a cargo de Valentín Franco
1926

BIBLIOTECA PÚBLICA DEL ESTADO VALLADOLID

B. 402 87

DEDICATORIA

A cuantos trabajan y luchan en la Casa Social Católica de Valladolid.

¿PRÓLOGO O EXPLICACIÓN?

Con las palabras que me sirven para hacer la dedicatoria, encabecé la primera de mis crónicas.

Entre estas y las que nuestro querido semanario «Castilla Social» escribia al empezar su publicación y que copio enseguida, está claramente explicado el alcance de estas IMPRESIONES.

Comunicar a mis queridos compañeros y amigos cuanto de notable viera en mi viaje, economizarme el multiplicar cartas sobre el mismo asunto, conservar la unión y cariño de compañeros en la lucha y el trabajo durante los meses de la ausencia.

La explicación de no continuar publicándose en «Castilla Social» y hacer de ellas un folleto aparte, es sencillamente el haber dejado de ser semanal la publicación y haber perdido en gran parte la oportunidad, que siempre la conservará

para los amigos a quien van dirigidos los pocos ejemplares que se hagan y que por ningún concepto tengo la pretensión de que merezcan venderse a quien no me conozca.

Es, pues, un folleto hecho por y para los amigos, que le recibirán con el cariño que corresponde a quien por ese solo afecto lo hace.

Decía así «Castilla Social» en su número del 23 de agosto de 1925.

«Con el título de IMPRESIONES, comenzamos hoy a publicar las crónicas que nuestro querido y respetado amigo don Ildefonso Arroyo, Consejero Delegado de la Casa Social, nos envía para no perder la comunicación de afectos y cariños durante su ausencia.

Bien sabemos que por ser conversaciones a distancia del entrañable amigo y consejero, serán saboreadas por todos nuestros lectores y compañeros de la Casa que tanto le quieren y distinguen.

Hemos recibido encargo especialísimo de comunicar a todos que, en la imposibilidad de escribir a cada uno, como fuera su deseo, lo hace en estas crónicas que todos deben considerar

como dirigidas a él y que en ellas vean siempre el abrazo que desde lejanas tierras envía a los que tanto ama y jamás olvida.

Gustosísimos cumplimos el encargo y en nombre de todos testimoniamos al querido «cronista» el más profundo agradecimiento.»

De Valladolid a Barcelona

No os daré una descripción de lugares y cosas; no creo que pueda descubriros ningún Mediterráneo, y, por lo tanto, sería una repetición de lo que otros han dicho, desde luego mejor que yo, y acaso recuerdo de lo que muchos de los lectores conocen ya. Quizá cuando andemos por tierras de América pueda contar algo nuevo y desconocido para la generalidad.

Además, esto de describir lugares y cosas exige una cultura que yo no tengo, me falta hábito de observación, y confieso ingenuamente que me duele un poco pasar por torpe. Serán, por lo tanto, estas cuartillas, lo que prometo, impresiones y éstas mías exclusivamente, reflejo de lo que siento y pienso en cada momento, frente a los lugares que visitamos y junto a las personas con quien hablo. Y... basta de preámbulo.

Estación de Valladolid: Adios, queridos amigos: ya estamos en el tren. En el andén quedan los compañeros de trabajos, los colaboradores en la Acción Social Católica, los que juntos corrimos por las minas, los que nos acompañaron de Ministerio en Ministerio buscando la solución de los mil problemas de la Casa, los que por los pueblos predicaron con nosotros la buena nueva de las soluciones católicas, aquellos que junto a nosotros escribieron, excitando a ricos y pobres, los que a nuestro lado o a cuyo lado luchamos con toda clase de enemigos, contra los de odios africanos contrarios en ideas, contra los que habían de sufrir los efectos y recibir las ventajas de las soluciones católicas, de la renovación por nosotros sostenida; y lo que es más triste, contra los que se decían amigos y nos ponían obstáculos en el camino o nos llamaban ilusos, equivocados: en el andén quedan, en fin, los amigos más unidos cuanto más se ha luchado juntos, cuanto más se han sentido las privaciones y dificultades y arideces y

desvíos a que la ignorancia o la malicia somete a la Acción Social Católica.

Adiós todos, queridos amigos, vosotros y los por vosotros representados, cuantos trabajais y luchaís en la Casa Social Católica de Valladolid.

Aquí, en el tren, vamos dos curas..., dos locos quizá. El uno a seguir el camino emprendido con envidiable éxito, a trabajar por la Gloria de Dios y la conquista de las almas, en un país virgen, necesitado de estos operarios, país que responde a sus trabajos con la avidez y encanto con que las almas vírgenes siguen los grandes ideales de que no oyeron hablar jamás. Lleva un cuerpo fuerte para el trabajo y un alma ilustrada y llena de entnsiasmo para lograr su propósito. Como hasta aquí, seguramente le seguirá el triunfo.

El otro clérigo es el que esto escribe: ni el cuerpo le ofrece materia para el trabajo, ni el alma, mal preparada, puede ilusionarse con visiones de grandes conquistas para la gloria de Dios. Es la mía una de tantas sa-

lidas. Desligado de la obra social por unos meses, descansaré de las preocupaciones de la gran Casa Social, recibiré, Dios mediante, las gratas impresiones de la familia, largo tiempo ausente, y veré, con la ayuda de Dios, si aún puedo renovarme espiritual y temporalmente para seguir trabajando por su gloria, o me convenzo de que soy desechado como siervo inútil.

Con nosotros va un niño, que muchos de vosotros habeis visto trastear por la Casa. Vuelve a su país. Le espera lo desconocido, excepto el cariño de sus padres. Pedid que sea un hombre útil a Dios y a su Patria.

Accidentalmente y hasta Canarias, nos acompaña el ilustrado ingeniero D. Manuel Sanjurjo. Ha sido, indudablemente, traza de de la Providencia para que el arranque de los nuestros no nos acobardase aún más, y hacernos más llevaderos los primeros momentos de la separación. Con su ingenio, cultura y trato agradabilísimo nos ha hecho pasar muy pronto de la primera impresión de pena, tristeza, cobardía que produce una

despedida, a la agitación de la vida cosmopolita y viajera. Al poco tiempo éramos uno de tantos viajeros que van de un punto a otro extremo del mundo, sin preocupación, sin alarde y sin temores, como quien vive en todas partes y para todos los hombres; antes de la primera etapa del viaje nos eran familiares viajeros, empleados, coches y hoteles, cual si toda la vida la hubiéramos pasado viajando. Conste por escrito nuestras más expresivas gracias.

El viaje le hemos hecho de Valladolid a Miranda; de aquí a Zaragoza, donde nos hemos detenido más de un día, y de esta ciudad a Barcelona.

La cuenca del Ebro y cuantos terrenos se recorren de los que riega el Canal Imperial, dan una sensación de riqueza y bienestar que obligan a volver instintivamente el pensamiento a nuestra Castilla, pobre y desolada, la de los campos yermos, la de las inmensas explanadas, la de leguas y leguas sin un árbol, la del rico suelo y duro cielo, que se pasa los días pidiendo agua

para entregar con prodigalidad lujuriosa los tesoros que se esconden en su seno, sin que aparezcan autoridades, ni entidades, ni almas grandes capaces de emprender esta obra salvadora, la de dotarla de riego.

Zaragoza..., el Pilar..., el Ebro... ¡Cómo trabajan los zaragozanos por hacer de esta ciudad lugar de descanso, estímulo del turismo, sitio agradable del forastero! Calles amplias, edificios suntuosos, urbanización modelo, y, sobre todo esto, los incomparables monumentos, llenos de recuerdos, hablándonos de la antigua España, de sus legendarias virtudes, de su prodigioso heroísmo, de su generosa prodigalidad entregando hacienda y vida, ayer por su Dios, después por su independencia, arrullados estos sentimientos, cantados, mejor, por el río épico, a la sombra del bendito Pilar, asiento de la Virgen, consuelo del Apóstol, síntesis y expresión del bravío carácter aragonés y español.

Para nosotros, ¡la Virgen del Pilar!... ¿Podremos despedirnos de la Virgen celebrando el Santo Sacrificio en su altar?

—Hoy no, nos dice el sacerdote encargado, pero mañana sí, a las cuatro y media y a las cinco y media. Han tenido ustedes, termina, una gran suerte.

¡Qué felicidad! Confieso ingenuamente que la noticia me supo a caricia de madre, a atención de amigo, a ratificación por Dios en una empresa en la que aun no estaba seguro de hacer su voluntad. ¡Mil veces bendito sea!

Y... a la gran urbe, a la Babilonia española, a Barcelona: la del Tibidabo, con su hermosísima iglesia consagrada al Corazón de Jesús, y el Paralelo; la de los cabaréts y San José de la Montaña; la de las grandes fábricas y hermosas e innumerables iglesias, la de la intensa vida material y manifestaciones colosales de vida espiritual y religiosa; la de los grandes contrastes y contradicciones. ¿Dije Babilonia? ¿No se podría decir también Babel?... Ni una palabra más.

Quédense para otro día las impresiones del viaje por mar. Adiós de nuevo, amigos míos.

Barcelona, 28 de julio de 1926.

De Barcelona a Cádiz

Desde el balcón del hotel donde nos hospedamos, se divisa el mar. Un bosque de mástiles (esta figura no es mía, pero es exacta) nos dice la situación del puerto. Aquel buque de dos chimeneas debe ser el «Vasco Núñez de Balboa» que sustituye al «Infanta Isabel de Borbón» por haber ido éste a dique para ser reparado. Será preciso visitarle para hacernos cargo y ver si hay en él alguna particularidad digna de ser tenida en cuenta a la hora de tomar el pasaje.

Pero ante todo veamos cómo están los papeles y qué es preciso hacer antes de embarcarse, no sea que a última hora surjan dificultades insuperables.

Y empezamos un calvario de agencias y consulados que dura tres días. ¡Y teníamos

todos los papeles en regla! No nos faltaba ningún documento; es más, alguno hemos traído que no hacía falta, aunque no nos ha costado el dinero. ¿Qué pasarán los pobres emigrantes, los infelices pasajeros de tercera? Pena da pensarlo. Yo ni censuro ni comento. Que se pongan dificultades a los que marchan de España, lo encuentro justificado. ¡Duele tanto ver marchar fuentes de vida y de riqueza! ¡Da tanta pena ver los pueblos sin habitantes, los campos baldíos y sin brazos que les cultiven! Pero ¡es también tan duro negarse a la piedad, cerrar las puertas a la esperanza, quitar la ilusión de otros climas y otros países, donde la tierra es pródiga y el trabajo honrado remunerado con largueza!

¡El vapor! Será nuestra casa y nuestro pueblo durante muchos días, próximamente veinte. Aun seguiremos viendo ondear en él la enseña de la patria, y seguiremos creyendo que no nos hemos separado de ella. Es más viejo que el «Infanta Isabel», más largo pero menos ancho (de más eslora y de

menos manga, dicen los marinos). Tiene muchísimo menos lujo: pero hay en él cosas mejores; no creo que lo pasaremos mal. Lo esencial es el pasaje que nos acompañe..

El niño se ha entusiasmado con el mar y siente impaciencia por estar en él. No tenemos por el momento cosa de más fuste, y nos damos un paseo en una gasolinera. ¡Delicioso! Me siento de nuevo gozoso y rejuvenecido ante este mar que me proporcionó horas gratísimas. ¿Os habeis dado cuenta de que, a larga distancia, se olvidan más pronto y desaparecen más absolutamente las penas que las alegrías! Porque es justo reconocer y recordar que si en la vida de mar gocé satisfacciones que no da la tierra firme, también me dió sustos y tuve días negros de soledad y tristeza, de añoranzas y recuerdos.

Y como todo llega en este mundo, llegó la hora de embarcar. La última misa en las Siervas, de allí al vapor, dos horas más tarde desatracaba el barco... Alta mar. Seguimos viendo las costas, la incomparable cos-

ta de Levante, la del célebre brindis (que confesaba el autor, no hubiera escrito, si hubiera antes pasado un rato malo que le propocionó un levante fuerte, embarcado en un vapor pequeño y que bailaba más de lo justo).

¡Qué grande se siente a Dios y qué pequeño se ve uno en el mar! ¡Que grata esta soledad, sintiendo tan cerca la majestad soberana del infinito!

Va regular de pasaje el barco. Algunos sólo viajan hasta Málaga o Cadiz, otros hasta Canarías. En Cádiz entrará él ilustrísimo señor Obispo que va a tomar posesión de su Diócesis de Canarias.

Una novedad es que tocamos en Almería. Pero nos quedamos en medio del puerto. Una bronca con un vendedor de uvas por un duro, que ya no sabemos si le ha guardado el vendedor o no le ha dado la pasajera.

¿Será muy rico Almería? A mí no me lo parece. Montes pelados, mucha luz y calor pero poca vegetación se ve desde el barco.

En cambio se ven unas murallas, fuerte y mezquita completamente árabes y en los que se espera ver aparecer el moro con la parda chilaba, el muhezín llamando a la oración o al bravo guerrero al aire su alba veste sobre brioso corcel.

¡Málaga! ¡Con cuánta ilusión esperaba yo la llegada a este puerto! Sabeis que me había pasado una larga temporada en ella, reponiéndome de peligrosa enfermedad; había avisado a los buenos amigos y me gozaba de antemano con el recuerdo de aquellos días. Pero, ¡llegamos a las tres de la madrugada! ¿Quién se atreve a pedir un sacrificio tal al mejor amigo? Dormiremos, pues, y si al amanecer aun estamos en el puerto, sorprenderemos a nuestros amigos en los Santos Mártires.

—¿Quién me despierta? ¡Ah! ¿Sois vosotros? Pero, ¿es posible?—Sí, y en el puerto, en tierra, esperan don Antonio y su familia. —Pues al puerto, a tierra. El que me había despertado tan dulcemente era el P. Tejero.

¡Qué abrazos! Cuánta satisfacción; y, ¡qué pena, a la vez, haber de detenerse tan poco rato! Pero hay minutos que valen por siglos; emociones que saturan el alma por la intensidad. ¡Ni me olvidaré nunca de esta hora, ni consideraré nunca satisfecha la deuda de gratitud que he contraido con esta delicadísima atención y sacrificio! También a nuestro compañero Sr. Sanjurjo le obligó a levantarse el Sr. Marquina, Arcediano de la Catedral, y también se emocionó con las atencíones y recuerdos.

¡Adiós, Málaga la bella... Dios sabe hasta cuando! ¡Adiós, amigos queridos, hasta muy pronto!

Por fin, ¡Cádiz, la tacita de plata!, la de calles estrechas y tortuosas, la ciudad simpática donde también quedan amigos de otros tiempos. Unas monjitas que también son hermanas mías, las Concepcionistas Descalzas: a celebrar allí la Santa Misa y saludarlas.

La Madre por quien yo las conocí está muy mal; hoy mismo la darán el Viático; las

demás están de Ejercicios. Saludamos a la Rvda. M. Priora en el torno; nos colman de atenciones y escapularíos, y, ¡hasta la vuelta!

Y a buscar la correspondencia y en ella algo que me prometieron en un papel que no tenía los honores de carta y algo que nos era muy necesario, la licencia de celebrar a bordo. ¡Ni en el vapor ni en la Agencia! Vuelta al vapor y a la Agencia, y a Correos... ¡Nada! Y a esperar el momento de largar amarras, por si llega con la caja del despacho; y... marcha el vapor, y... nada. ¡Dios os perdone el mal rato que, seguramente sin culpa, nos habeis proporcionado! ¡Cuándo os hareis cargo de lo que significan estos pequeños detalles para quien está lejos, para quien marcha a otras tierras!

Esta crónica resulta un poco larga, y prometo la enmienda. Adiós.

En el mar, a 9 de agosto de 1925.

De Cádiz a Canarias

Porque estas dos crónicas vayan con fecha seguida, no os hagais la ilusión de que todos los días continuará lo mismo. Sencillamente tengo en cuenta que de madrugada (últimamente me dicen que a las diez de la noche) llegaremos a Canarias, que para entonces he de tener despachado y listo todo lo que haya de qucdar para España, y quisiera dar materia bastante para tres números de nuesrto querido «Castilla Social», con lo que se acortaría la distancia hasta llegar a Buenos Aires, desde donde, en este mismo vapor, mandaré las que resulten de los restantes días de navegación.

Dejamos nuestra crónica anterior en el momento de salir de Cádiz. Eran las seis de la tarde. Poco a poco vamos perdiendo de vista la tierra; la tierra que es España. No,

aun paramos en Canarias; pero está separada por dos días de navegación. ¡Es mucha agua la que hay por medio!

Pasemos revista al pasaje. Esto se hace siempre, es entretenido y ameno. Estamos aún en los momentos en que todos los pasajeros conservan la careta. ¿No sabeis este cuento? Os lo diré porque es gráfico y explica la vida dentro del vapor. Dicen que todos en el mundo vivimos con careta que nos quitamos cada vez que entramos en casa, pero el barco es la casa y la calle y hay quien sostiene la careta un día entero, algunos dos días, tres no hay quien la aguante; todos se sofocan con ella y a los cuatro días todo el mundo se manifiesta como es y cuenta lo que ha hecho y lo que piensa hacer. Cuando él no lo haga no faltará quien lo cuente o lo invente, que de todo se da en la viña del Señor.

Empezamos por la primera clase: Viene como dije en otra crónica, el Ilmo. señor Obispo de Canarias, y acompanándole unos cuantos sacerdotes y familiares, que si

duda asistieron a su consagración y lo harán a su entrada solemne.

Hoy domingo (ahora noto que he puesto la fecha adelantada) ha celebrado la Misa mayor, a las nueve, y en ella ha hecho una explicación del Evangelio verdaderamente apostólica, en la que se ha revelado como lo que es: un sabio y santo, que sabe acomodar a los oyentes la más pura doctrina de las divinas páginas y tiene unción para llegar al alma.

La Santa Misa sobre la cubierta de un barco es algo nuevo siempre y siempre tierno, y a la vez sublime, que a espíritus no vulgares emociona y arranca lágrimas. El mar inmenso, los recuerdos que se agolpan, lo que se deja, la incertidumbre de lo que se espera, la soledad entre tantos desconocidos, la música, la «Marcha Real», la Salve, el Ave María, y, sobre todo, la presencia real de Jesucristo en el momento de la consagración, Jesús en la Hostia, arrullado por las olas, acariciado por el viento. adorado por este mundo pequeño, que en-

cierra todas las virtudes y todas las miserias del resto de la humanidad, tan vario y tan uno en estos momentos sobre todo; este conjunto de cosas y de ideas llama al corazón, hace sentir tan de cerca a Dios, Inmenso, Todopoderoso. Misericordia y Bondad, tan cerca, repito, de nuestra pequeñez, de nuestra miseria, de nuestra fragilidad sintetizada en las débiles tablas que nos sostienen sobre el abismo, que siempre, siempre he visto repetida la escena y las mismas emociones.

Para Canarias van también dos Hijas de San Vicente de Paul y un Padre Paul, un sacerdote que lleva cincuenta años en la Argentina, y después unos cuantos pasajeros, de los que seguirán viaje a América muy pocos. Me figuro no interesará demasiado a mis lectores conocerlos, ni creo que es misión mía pasar a cronista de salones.

En segunda clase, no menos representada la Iglesia: cinco Jesuítas, otros tantos Hermanos Maristas, otro de las Escuelas Cristianas, otro Capuchino y dos Sacerdotes

seculares. Tres Adoratrices (en Canarias entrarán otras tres para seguir a Buenos Aires) y tres Siervas de María.

Luego... la interminable serie de pasajaros sueltos, matrimonios más o menos auténticos, con hijos y sin ellos. Cada uno con sus ilusiones y esperanzas, con su historia o su novela.

Los hay que nunca abandonaron España, quienes ya han vuelto y tornan a los negocios que los enriquecieron. Algunos hicieron en tercera clase hace ya años el primer viaje, y hoy regresan de nuevo en primera de lujo.

Del trato de esta Compañía poco he de decir, porque es proverbial su bondad. Como decía el sereno del «Montevideo», en el que yo navegué: «Aquí todo es «comía»; se levanta usted, y «comía» (el desayuno); a las diez «comía» (el almuerzo); a las tres, «comía» (el refresco); a las cinco, «comía» (la comida); a las nueve, «comía» (el te); y agregaba: aun hay oficial que a las doce de la noche, al salir de la guardia, se va a la cocina a buscar «comía».

El rato se pasa bien; hasta cine tenemos por la noche; por cierto un aparato nuevo y buenísimo. El resto del tiempo cada cual procura pasarle de la mejor manera que puede: charlando, leyendo, escribiendo (como yo por culpa de ustedes, aunque con mucho gusto—¿gracias?—no hay de qué), y otros... mareados o mareando (que no es precisamente igual). Los mareados sin motivo, porque tenemos un tiempo delicioso, con el que estaríamos muy satisfechos hasta Buenos Aires.

Y... no tengo ganas de escribir más, que me he largado de una sola sentada las dos últimas crónicas, y las tres en un día, mas luego ponerlas a máquina. ¡Esto resulta una confesión de que escribo mal, pero está escrito y no lo borro!

En la próxima irán mis impresiones, más personalísimas aún, sobre mis relaciones con los barcos y su personal.

Hasta la próxima se despide vuestro afectísimo en Cristo.

En el mar, a 10 de agosto de 1925.

Canarias

¡Canarias! ¡El último puerto de tierra española! Cuando de aquí salgamos nos iremos alejando de España y de Europa, en busca de América, del país de los sueños, de las ilusiones y de las esperanzas; para muchos el país de los desengaños y del fracaso.

En el puerto de Canarias hay algo muy típico que yo quisiera daros a conocer. Apenas queda el vapor listo para embarcar y dejar pasajeros, suben a cubierta y en ella establecen sus tiendas los vendedores de tabaco, objetos de seda, anteojos y bibelots de todas las materias ¡oro, plata, ébano, marfil, etc.!, y de todas las formas y aplicaciones.

Los que explotan este negocio son de origen oriental, turcos, dicen las gentes, y resulta muy vistosa la cubierta del vapor,

materialmente llena de mantones de Manila, pijamas, camisas y piezas de seda de todos los colores, elefantes de ébano y marfil, collares, pulseras, pitilleras, etc., etc.

Pero más vistoso que toda la policromía de colores chillones y que la variedad de objetos expuestos a la venta, es el hecho de la venta. Todos los pasajeros están advertidos de la exageración de los precios y desde el primer momento se entabla una lucha absurda, inconcevible en estos tiempos de relativa formalidad en el comercio, de los precios fijos, cada día más extendidos. Se ha visto pedir por un objeto dos mil doscientas pesetas, y darlo en las doscientas; en tal proporción, poco más o menos, se hacen las transacciones. Es muy frecuente gloriarse un pasajero de haber adquirido un objeto en la mitad del precio que le pidieron, y aparecer otro que lo adquirió en la cuarta parte.

Donde se extrema la habilidad por parte de unos y otros es en el momento de cerrar el comercio, cuando está a punto de largarse

el vapor. Compradores y vendedores espían la debilidad del contrario y esperan del deseo y ganas de vender o comprar salirse con la suya; siempre quedan pendientes para este momento algunas ventas. Con los paquetes al hombro y bajando la escala suelen ofrecer sus mercancías, ya al precio mínimo, que resulta irrisorio relacionado con el primero que pidieron.

Es cosa que apena mucho, porque quita toda la seriedad a las relaciones comerciales y el comprador está siempre bajo la presión de que sale engañado. Pidamos que desaparezcan estas gitanerías y que por el contrario se extienda, para su prestigio, el comercio serio, que se pone una ganancia lícita y al que puede acudir sin temor a engaño aun el más lego, sin más elección que la del gusto y sus propios medios económicos.

En Canarias suben a recibir a su Prelado las autoridades. Como ya es muy tarde (las once de la noche) acuerdan dejar la salida del Prelado y presentación al pueblo para el día siguiente.

Quien sale ya esta noche y deja de ser nuestro compañero de viaje es D. Manuel Sanjurjo; el que tanto nos ha animado con sus charlas, el que nos ha distraído con sus chistes y ha acortado los largos, eternos días de la separación con su ameno y cultísimo trato. En él, emocionados, abrazamos lo último que nos resta de cuantos afectos quedaron en España y a los ojos de unos y otros asoman traicioneras unas lágrimas que dicen más que cuanto pudieran hablar los labios y nos prometemos continuar una comunicación que tan grata ha sido a todos y de tanto alivio nos ha servido.

Ahora recuerdo el deseo que este amigo tenía de que yo dijera algo sobre un suceso pequeño, pero en la monotonía de la vida de los barcos, suficiente a llamar la atención.

Ya a la vista de Canarias apareció sobre cubierta y se posó sobre uno de los sacerdotes pasajeros, un pajarito que ninguno supo clasificar. Fué a parar a manos de nuestro buen amigo y surgió muy pronto la dis-

cusión sobre el destino que se le había de dar. Unos opinaban que debía enriquecer la colección de no sé qué museo, y por lo tanto que había de ser disecado, otros pedían la libertad para el inocente pajarillo que acaso entró en el vapor y se posó sobre un sacerdote buscando asilo seguro contra un enemigo. Esto sirvió de pretexto a nuestro Sanjurjo para animar un buen rato la tertulia, discutiendo con unos y otros sobre la bondad de cada solución, resolviéndose en defininitiva contra el parecer de hombres muy agudos y que disertaban con mucha elocuencia en favor de lo que ganarían las ciencias con la adquisición de tal ejemplar, en favor de la vida del pajarillo, respondiendo así a los dictados del corazón.

Y... ¡adiós Canarias, y en tí España! ¡Hasta luego, si Dios no dispone otra cosa! Cuanto más vamos separándonos de tí más se gravan en la memoria los afectos, más se siente pegado el corazón a cuanto fué nuestra vida, a cuanto son los cariños del corazón, el sudor de nuestro trabajo, las

alegrías de nuestros años jóvenes, la paz de nuestra carrera, los desengaños y penas que atormentaron nuestra vida, pero que al ser miradas a traves de la distancia se nos antojan sabrosos incidentes que rompen la monotonía de la vida y sin los cuales no tienen estímulo ni alicientes, ni verdaderas alegrías y placer. ¡A otros mundos, a otras costumbres, a otros hombres! ¿Qué nos espera allí? ¿La salud, triunfos, alegrías, o la enfermedad, el desengaño y la pena?.... Dios lo sabe: lo que sea, es su Voluntad. De antemano sea lo que quiera ¡Bendita sea!

En el mar, 12 agosto de 1925.

La vida en el Vapor

I

Prometí en mi anterior algo, que al llegar el momento de la ejecución, encuentro un poco difícil. La materia tiene interés solo para mí, y por otra parte es de una intimidad que no considero muy discreto lanzar al público (aunque sea tan de mí cariño y confianza como lo es el de «Castilla Social»), cosas que pudieran lastimar a un tercero.

Veré, sin embargo, porque no me acuseis de ligero en prometer y que falto a mi palabra, de contaros impresiones que encajen en el periódico y que puedan servir hasta de enseñanza.

No se hace uno cargo nunca sobre la influencia del tiempo en el cambio de cosas y personas.

Me parece recordareis todos el cariño

con que siempre hablé de mi vida de capellán de barco; supondreis, por lo tanto, el entusiasmo con que yo pensaría en la hora de ponerme en contacto y volver a tratar con los antiguos amigos y conocidos, a respirar aquel ambiente, pasar otra temporada (porque el viajecito es otra temporada y no corta) sobre la cubierta de un vapor, mecido por los olas, acariciado por los aires saturados de yodo, recibiendo las impresiones siempre nuevas del paisaje en cada punto renovado y de los pasajeros, siempre renovados y siempre los mismos, como la humanidad de la que un vapor es compendio y síntesis.

Pues bien, lo confieso ingenuamente, la mayor parte de estas ilusiones vinieron a tierra; poco a poco sentí un vacío, una soledad, y por último una pena que me amargó por unos días la alegría del motivo de mi excursión y aun de la compañía que tan grata me la hacía y tenía virtud para hacerme olvidar de cuanto quedaba atrás, en casa y en la Casa, en la ciudad y en los pueblos.

En las oficinas de la Compañía Trasatlántica no vi a más conocido que uno que lo era de mi vida posterior a la de capellán, en Madrid.

En el vapor, que visité el primer día que estuve en Barcelona, ¡ningún conocido! Fuí recorriendo la lista desde el capitán al último paje, y... ninguno de los que navegaron conmigo en los distintos barcos en que yo lo hice. Me hablaron de un contramaestre que había estado muchos años en el «Montevideo», y no sé decir en realidad si le conozco o es el deseo de encontrarme con alguien de mis tiempos.

En Cádiz solo encontré al que era segundo oficial, y en la actualidad suplía al capitán inspector del Puerto; y aunque le saludé no pude dedicar un minuto a recordar aquellos tiempos, porque todas las operaciones de carga son de su inmediata responsabilidad y absorbían toda la atención y tiempo.

El capellán tampoco es conocido. Suponía yo que al menos me recibiría como an-

tiguo compeñero, y... no ha sido así, ni mucho menos.

Ni los vapores son los mismos. Aunque yo no había navegado en los paquetes «Infanta Isabel» y «Victoria Eugenia», les conocía y les había visitado varias veces. Me hablan de algunos oficiales conocidos que sirven en ellos; pero el primero de estos paquetes, que había de hacer el viaje ha tenido que pasar al dique para reparación y le sustituye el «Vasco Núñez de Balboa», que no conocía por haber sido adquirido posteriormente.

Soy, pues, uno de tantos pasajeros. De falta de atención por parte del personal del vapor, no puedo quejarme, porque nadie lo puede hacer con justicia en estos vapores, que tiene por lema el buen trato a los pasajeros; pero no es lo que yo esperaba, el trato, la familiaridad de quien conoce esta vida y la ha vivido y ha pasado sus crudezas y ha gozado sus alegrías.

Además, confundido con el pasaje, el ambiente es otro, otras las conversacio-

nes, diferente la manera de ver la vida a bordo.

No es la oficialidad que vive en su casa y atiende a su obligación dentro del vapor y solo por incidente y para amenizar las comidas y descansos de guardia, comenta la vida del pasaje, la historia de cada uno, y los incidentes a que da lugar el trato pasajero y rápido de un viaje; soy por el contrario un pasajero que escucha y comenta el por qué del viaje, que oye criticar el trato, el camarote, la comida y aun las fiestas; hago la vida con los pasajeros, no para cumplir una prescripción del Reglamento de los Capellanes de estos vapores, sino porque en fin de cuentas solo soy uno de tantos.

Y... lo que es la vida; ¡de cuán distinta forma se ven los hombres y las cosas desde los distintos puntos de vista! Es un efecto de óptica espiritual, semejante al que ofrece la distinta posición o la distancia de un objeto determinado. Esta misma mañana pasábamos nosotros frente a las islas de Fernan-

do Noronha; según corríamos frente a ellas iba cambiando la forma de su perfil y la silueta de sus montañas nos daban, ya la perspectiva de un pueblo con su iglesia de airosa torre o ya la imagen de un hombre acostado.

Con este viaje se acabaron las ilusiones de la vida de mar. No porque lo pase mal, al contrario, sino por esta desilusión de que os hablo. Ya en Málaga y en los dos meses que allí pasé hará unos dos años, sufrí la primera decepción al encontrarme con que en el mismo «Montevideo» donde yo más tiempo navegué, no había de aquellos días más que el practicante (me dicen ahora que el infeliz murió ya; q. e. p. d.). Veo pues, palpablemente y toco las consecuencias de la rapidez y frecuencia con que cambian las tripulaciones y por lo tanto de lo difícil que es hallar en los vapores gente conocida.

Y, algo pesada quizá me resultaría la vida del mar, pero si además había de empezar a crearme relaciones y conocer gentes nuevas, yo que no acierto a vivir solo o para mí

solo, no me encuentro con fuerzas para semejante empresa (en el caso de que pudiera conseguirlo) y por lo tanto definitivamente me despido de navegar y dar tumbos de una parte a otra sobre los lomos de las olas mansas o bravías.

En el mar, 15 agosto 1925.

La vida en el Vapor

II

EL PASO DE LA LINEA

Veré de consignar en esta crónica las particularidades de este viaje, no tanto por lo que merezcan ser contadas, cuanto porque ellas darán una idea más completa de lo que es la vida a bordo, ya que con ligeras variantes en todos los viajes ocurren cosas semejantes.

Hemos celebrado dos fiestas. La primera la Asunción de Nuestra Señora la Virgen Santísima a los Cielos.

Como son bastantes los sacerdotes que celebran, nadie tiene pretexto para excusarse, además se facilita el cumplimiento de este hermoso precepto, diciendo la Santa Misa, no sólo a diferentes horas sino en diversos lugares.

A las nueve se dice la Mayor sobre cubierta, engalanada con las banderas de las distintas naciones donde tocan nuestros vapores, sirviendo de fondo al altar la española junto con la de la Transatlántica.

El señor Capellán del barco dice la Misa y nos predica..., no me parece que se ajustó a las normas pontificias...; el sexteto tocó durante el Santo Sacrificio. Al llegar el supremo instante de la elevación de la Sagrada Hostia suena la «Marcha Real»...; ya he dicho en otra crónica lo que significa y emociona siempre este acto en el mar: no hay por qué repetirlo.

Al día siguiente, domingo, pasamos la línea del Ecuador, entramos en el hemisferio Sur. Las bromas van pasando, porque llega el momento y ni aparece la cuerda que separa los dos hemisferios, ni el barco da el salto para descender, ni sucede nada de cuanto se ha contado a los niños y a los que por primera vez lo pasan sin darse cuenta o sin saber lo que es el paso de la línea.

Pero es costumbre solemnizarlo en todos los barcos y éste no ha de ser menos, a pesar de que el pasaje ni es tan numeroso ni tan animado que permita esperar grandes iniciativas.

En las vísperas se forma una comisión encargada de organizar la fiesta y por fin sabemos que por la mañana habrá Misa cantada, con sermón, y por la noche velada en la que tomarán parte algunos elementos que nunca faltan en el pasaje.

Aun más engalanada la cubierta del barco, se celebra la Santa Misa, que dice nuestro querido amigo D. Victorino Fernández y cantan los Jesuítas y Maristas. También está encargado del Sermón don Victorino sobre el Evangelio del día anterior, y acomodado a las circunstancias del momento. Ni yo puedo decir que estuvo muy elocuente y oportunísimo, ni mis lectores lo necesitan, porque ya le han oído y saben que así había de ser. El pasaje complacidísimo.

Y llega la tarde. El comedor de primera está caprichosamente adornado y el pasaje

y oficialidad acuden de etiqueta. El menú, siempre escogido y muy bien servido en estos vapores, en este día es extraordinario y digno de figurar en una mesa de príncipes.

Tambien es interesante el programa de la fiesta que se celebró en el mismo sitio de la Misa agregando a las galas que tenía para ésta la iluminación a la veneciana que transforman la cubierta de un barco en un jardín en noche de verbena. Para que nada falte, hemos visto pasar un piano que nos recuerda los pianillos, pero que servirá para el sexteto.

La gente que asistió dice que lo pasó bien. Terminó el programa a las once y se prolongó el baile hasta muy avanzada la noche.

Esta es la fiesta por fuera. Sin que sirva de molestia para nadie, pero como nota de sinceridad y para probar lo que decía al principio de las semejanzas de todas estas fiestas, diré algo de los incidentes de la misma.

No gustó a todos y aun hubo quien protestó ante el capitán de que tomara parte muy activa una señorita, que viaja en primera, pero a quien se la pueden poner algunos peros.

Surge también *el inevitable* que a todo pone peros, que todo quiere se haga por iniciativa suya, que a todo se ofrece y que llegado el momento ni da nada, ni hace nada ni, por contera, encuentra nada bien; termina por aburrir a los compañeros de comisión y le devuelven la peseta que *expléndidamente* había dado.

La característica de la mala organización en esta velada, ha sido darla demasiado etiqueta (dicen que impuesta por la fulana de los peros) y por consecuencia que no haya acudido apenas pasaje y resultara poco animada. En el baile había hasta... dos parejas.

Al día siguiente, unos cuantos comentarios, sobre todos los incidentes, quejas de los que se sintieron molestados; al otro día cálculos sobre la llegada a Río Janeiro y... se acabó hasta el último rastro de la

fiesta celebrada al paso de la línea ecuatorial.

Todo aprisa, todo se devanece como humo... como en la vida de tierra de donde todos venimos y a donde todos vamos. Con la única diferencia de que en el mundo las cosas pasan y se desvanecen a pesar de nuestro deseo y en el vapor es siempre a favor del deseo que está ligado, influido, sugestionado por la tierra donde se encuentran intereses y afectos. ¡Cuánto enseña esto para la vida espiritual! Si tuviéramos el corazón en el cielo, como en la tierra lo tenemos los que navegamos ¡con cuánta diferencia veríamos todos los incidentes, con qué tranquilidad resbalarían los frutos de las pasiones de los hombres y como, sobre todo cuanto nos rodea, flotaría el ansia de llegar a la patria, estar con los nuestros, ver y amar a Dios!

En el mar, 17 agosto de 1925.

Río Janeiro

Con una monotonía que hace interminables los días, trascurren los de la navegación sin incidente que merezca mencionarse.

Por fin el día 22 al amanecer y después de haber notado el día anterior la proximidad a tierra por las simpáticas gaviotas, vemos dibujarse, y cada vez determinarse más, la costa del primer puerto americano en que hemos de tocar, Río de Janeiro.

Según nos vamos acercando, nos enseñan, los que antes estuvieron en este puerto, las maravillas que encierra... allí está el célebre Peñón de Pan de Azúcar; se divisa el cochecito que lleva los pasajeros suspendidos de un cable sobre un profundo barranco hasta el pico de la montaña, para desde allí contemplar el espectáculo más hermoso que imaginarse pueda.

Poco a poco vamos acercándonos al puerto y entrando en él; pero es un puerto grandísimo y engaña la perspectiva. Además nos entretienen, sin despacharnos, en medio de la bahía, de suerte que pudiendo estar atracados a las nueve de la mañana no lo estamos hasta las doce dadas.

Dudo que haya espectáculo más hermoso que esta bahía.

Figuraos un puerto natural de una capacidad tal que en él pueden estar muy a gusto todas las escuadras del mundo; no es exageración, pues se lo he oído a quien tiene motivos para conocerlo e interés para ocutarlo. Ahora, todo ese inmenso lago, con sus trescientas islas, rodeado de un anfiteatro de montañas, con una vegetación riquísima y variada, sobresaliendo y recortando el horizonte airosas palmeras, que deben tener una altura grandísima. Después, y en todo lo que puede recorrer la vista, entre el mar y las montañas, una ciudad moderna, caprichosa, de construcciones variadísimas, y de un gusto exquisito, para terminar la visión

con una línea blanca a flor de agua y que es una serie de focos blanquísimos, esféricos, como enormes perlas, que en la noche forman el más fantástico collar que podéis imaginaros.

Después de comer salimos en grupo bastante numeroso, tanto que ocupamos bastante bien dos automóviles. Luchamos como unos valientes para no ser explotados, y ufanos de haberlo conseguido, nos lanzamos a visitar Río de Janeiro con la velocidad de un auto... ya bastante averiado; y a convencernos... de que los chofers, más listos que nosotros, nos habían engañado como a unos chicos.

Trasformamos primeramente unas pocas pesetas en no se cuantos cientos de miles de reis, y con los bolsillos llenos de billetes nos creímos dueños de la ciudad.

La primera parte del recorrido fué ideal. Después de la ciudad, con todas las maravillas de construcciones elegantísimas y suntuosas, recorrimos las tres leguas de playa. La carretera va a orilla del mar y a nuestra

derecha íbamos dejando, a la vez que admirando, los chalets y casitas de verano que seguramente harán de estas playas un lugar de encantos (quizás demasiados para la brevedad de esta vida). Por lo pronto funcionan, aun ahora, un Casino donde se arruinan lujosamente las gentes, y están terminando unas tribunas frente al Jockey Club que completarán el cuadro de ataque al bolsillo de los veraneantes. En otro orden de cosas no me parece puedan envidiar a Europa; me basta para juzgar así el dato de que ellos y ellas salen en traje de baño desde su casa y a ella vuelven tan tranquilos y conversando.

Habíamos terminado las playas; la carretera vuelve como para pasar detrás de las montañas; por indicaciones de uno los chofers, hay que discutir de nuevo el precio; por fin se someten ante nuestra actitud, reconociendo que se comprometieron a cobrar un mismo precio por hora, así por dentro como por fuera, y seguimos marchando.

Entramos en medio del bosque escalando

materialmente las montañas, completamente vírgines; con revueltas en la carretera, verdaderamente inverosímiles y que a mí me recordaron las de Asturias en el Padrou y en el camino de Covadonga a Villaviciosa.

Era nuestro propósito subir hasta el Tijuma y visitar las cuevas de los primitivos monadores y el Palacio del Rey don Pedro; pero de pronto nos encontramos frente al jardín botánico y decidimos bajar para visitarle y... cambiar impresiones.

Y efectivamente convinimos en subir a los coches y mandar que nos lleven a Tijuma. Así lo hacemos, pero los chofers, no pueden o no quieren y nos quedamos a pie, esperando el paso de un tranvía. Como nos han anunciado que hemos de estar en el vapor a las cuatro y no tenemos tiempo para escursiones largas, nos vamos a visitar a los PP. Jesuítas en su Colegio de San Ignacio.

Nos reciben como hermanos, pues de ocho, que formamos la expedición, cinco lo eran y visitamos el Colegio, que en la actualidad está en obra y algún día será de los

buenos de la Compañía. Nos llamaron la atención entre los chicos, la división de los pequeños, por ser todos ellos guapísimos y con cara de despiertos.

Con esto y muy poco más nos encaminamos al vapor, donde sufrimos la desilusión de no salir a la hora anunciada, ni mucho menos: acababan de llegar las gabarras con el carbón.

Pero ya no había por qué detenerse más en la ciudad y ante la incertidumbre del tiempo decidimos pasar a bordo las horas que restaran.

Esto nos sirvió para que nos diéramos cuenta de algo que parece fué la razón de cuanto nos sucedía en las dilaciones para el despacho del vapor. Revistamos toda la escuadra, dos acorazados muy hermosos y una serie bastante larga (vimos hasta el número 13) de buques ligeros, torpederos y contratorpederos.

También evolucionó sobre la bahía un hidroavión hermoso, llegando en algunos momentos casi a tocar con los palos de nuestro barco.

Por fin entre estas cosas y los comentarios de los cientos de reis que nos ha costado la expedición, llega la hora de salir, ya de noche.

¿Habrá sido intencionado el retraso para que pudiéramos apreciar las maravillas de Río de Janeiro? Dicen que es la población más iluminada del mundo y no me cuesta creerlo.

El espectáculo es fantástico. En el centro y donde se encuenra el núcleo de población, parece un ascua de fuego que se va debilitando según sube a las cumbres de las montañas, transformándose en un cielo cuajado de estrellas (como este cielo del hemisferio sur, donde la vía láctea parece más próxima a la tierra y a su alrededor aparecen millares y millares de estrellas como no aparecen en el hemisferio norte aun en las noches del cielo más diáfano de enero).

Pero lo único, lo que no se encuentra en ninguna parte, lo que en verdad es orgullo de los brasileños y encuentro causa bastante y justificación de los retrasos que dan a los

vapores en su despacho, para obligarles a presenciar tal espectáculo, es el incomparable collar de perlas a que aludía antes y que extiende en dos playas circulares unidas por uno de sus extremos en una extensión de más de tres leguas. Uno de los semicírculos luce sus perlas, que son tres focos en cada soporte de hierro, en el otro es solo un foco en cada soporte.

El espectáculo dura largo rato a pesar de la marcha del vapor y no se cansa la vista de admirarle, tan maravilloso y fantástico es.

Por fin vamos diciendo adiós a todas las cimas iluminadas que admiramos de día en su pujante vegetación, y pasado un buen rato, desaparece hasta el hermoso faro.

En el mar, 23 agosto de 1925.

Buenos Aires

Por fin me encuentro ya entre los mios, finalizado el largo viaje y confundido en el montón anónimo de los millares y millares que cada día afluyen a esta gran urbe.

En los diez días que llevo aquí, he recorrido, quizá demasiado rápidamente, casi todo Buenos Aires y he visto, aunque solo por encima, casi todo lo que de notable encierra la populosa ciudad. Veamos como ordeno mis impresiones para comunicarlas a mis queridos amigos y lectores de «Castilla Social».

Ya desde el puerto y mucho antes de atracar al muelle, se recibe la impresión de una ciudad importante. La extensión grandísima de sus muelles, la silueta de sus edificaciones, la línea inacabable de viviendas en cuanto abarca la vista, todo denuncia

que nos acercamos a una ciudad de primer orden.

Como la sanidad y emigración han entrado en Montevideo y durante la corta travesía han revisado documentos y pasajeros, apenas atraca el vapor al puerto empieza, a vomitar su carga que parecía pequeña, pero que, a quienes nos apresuramos a salir los primeros para saludar a los hermanos y hemos de volver para sacar el equipaje, nos parece interminable. Por fin llega el turno de nuestro equipaje y a despacharle en la Aduana. He de hacer constar con gusto que el empleado que despachó mi equipaje estuvo atentísimo y procurando que no me resultara la menor molestia.

Y... ustedes perdonarán pero así tenía que ser, a abrazar a mis hermanos; y con ellos para casa.

Una hora larga tardamos en automóvil y no viven mis hermanos en el extremo de la ciudad; fué la primera impresión que recibí del grandísimo espacio que ocupa la Capital de la República Argentina. Es verdad que

tiene más de dos millones de habitantes, pero es preciso confesar que otras poblaciones en menos espacio contienen mayor número de habitantes.

Es este aspecto uno de los mas característicos o quizá el que más la distingue de otras capitales de igual importancia y desde luego en su aspecto exterior; y lo primero que ocurre es preguntar ¿aventaja en esto Buenos Aires a otras capitales o al contario, por esto desmerece? o lo que es igual ¿cual es mejor para la vida de las grandes capitales? ¿ocupar mucha extensión con casas de una sola planta rodeada de espacios sin edificar (calles, patios, jardines) o concentrar la vida en el menor espacio posible con edificaciones altas de numerosas viviendas?

A uno y otro extremo se le pueden asignar ventajas y señalar inconvenientes ¿cuales de más peso? En esto hay mucho de relativo y sobre todo de subjetivo. Ya os he dicho que la razón de ocupar tanto espacio consiste en que la inmensa mayoría de las viviendas son casas de una sola planta o con un

BIBLIOTECA

solo piso, gran parte de ellas en forma de chalet con jardincitos alrededor, y solamente en el centro de la ciudad se encuentran edificios más elevados, pocos aún, pues ahora empiezan a hacer casas de ocho y más pisos.

En lo que no se puede regatear alabanzas a las autoridades de Buenos Aires es en la rapidez con que urbanizan los barrios según se adelanta en la construcción de viviendas, llevando la pavimentación, por lo menos a las vías principales. Otro elemento que hace cómodo el vivir a tan larga distancia del centro, es la frecuencia de tranvías y autobuses de una baratura grande, sobre todo si se relaciona con el resto de la vida en esta ciudad.

Una de las mayores e inmediatas ventajas de esta distribución de las viviendas, es disfrutar de un aire sano y puro que nada impide circular por las amplias y regulares vías.

Otra es la independencia en que viven las familias, que utilizan cada una su puerta

desde la misma calle, sin preocuparse de los vecinos.

Pero en cambio las distancias tan enormes consumen inútilmente una cantidad de tiempo, que, dada la vida moderna, supone una gran riqueza. El que haya de trabajar en el centro, que es donde existe más intensa la vida del comercio y tenga que acudir dos veces a su oficina, se verá precisado a pagar un alquiler inaccesible por una mala habitación en el centro o tendrá que emplear cuatro horas de idas y venidas en el tranvía.

Por otra parte, uno de los motivos de esta clase de habitaciones ha sido procurar el abaratamiento de las viviendas; pero hay una porción de factores que en la práctica hacen ineficaz esta aspiración y resultado tan evidente en teoría. En primer lugar el agiotista que se hace cargo inmediatamente del movimiento de población y precipitadamente hace subir el valor de la tierra; de aquí los bonísimos negocios que se han hecho y los millonarios que han surgido de la

noche a la mañana con tales agios. Viene después el constructor de casas, llámese empresa, sociedad, contratista, etc, que vende por lo menos, en doble de lo que costó cada pieza, que parecen casas de muñecas, o los alquilan a precios que ahí nos parecerían sueños: aquí el alquiler de 150 pesos o 200 mensuales, que en pesetas al cambio de hoy, ha de ser 525 o 700, no es casa de millonarios ni mucho menos, la tienen que pagar modestísimos empleados. Aunque cara la vida, sería soportable si no tuviera este dogal del que es imposible desprenderse, del inquilinato.

Causa, por lo menos transitoria, de la carestía de la vivienda, ha tenido que ser, por lo menos aquí, la rápidez con que se ha extendido la ciudad, y por lo tanto los apremios de edificación, que han traído la escasez de brazos y el abuso en el trabajar y las exigencias en cobrar lo que llaman trabajo.

Y prescindiendo de otros menos importantes, haremos notar, que el presupuesto municipal se carga extraordinariamente con

este género de edificación por los capítulos de policía, urbanización, luz, etc., siempre que, como sucede en esta urbe, se quiere tener bien atendidos estos servicios. Esto es lógico que salga de los contribuyentes, de los que tienen la casa o la disfrutan. o de los dos.

Todo lo cual hace un poco ilusoria la idea de la vivienda barata; pero queda lo de higiénica e independiente, que indudablemente lo es, y bien digno de tenerse en cuenta y apreciarse debidamente, quizá hasta compensar todos los inconvenientes de que hemos hablado.

Pero veo que me detengo demasiado en disertar sobre la vivienda y no sé si cuaja tanto filosofar en lo que yo me he propuesto en estas impresiones.

Buenos Aires tiene muchas cosas buenas y no creo sea una sorpresa para nadie. Entiendo que no merece la pena ir describiendo los grandes edificios, las frecuentísimas y grandes vías de comunicación, el comercio riquísimo y admirablemente presentado.

Tampoco se ocultará a mis lectores que una población de esta categoría ha de tener avenidas amplísimas, parques variados y maravillosamente cuidados, con rincones en ellos idílicos, llenos de encanto y poesía, como ocurre en el de Palermo; pero todas estas cosas las tienen más o menos todas las grandes ciudades y alguna de ellas en nuestra misma España, nos ofrece lo que en calles, en parques y rincones no hallaremos jamás ni en Europa, ni en América ni en ninguna parte del mundo. De todos modos, alguna de estas cosas ha de merecer la pena de que nos detengamos en ella, como, por ejemplo, el Museo Aprícola, que, según tengo entendido, es un fiel reflejo del progreso de la agricultura argentina, así como ha sido el propulsor de este progreso.

Pero puesto a investigar y ver que tenga de peculiar y característico Buenos Aires, confieso ingenuamente, que no encuentro nada. Sea por el ambiente en que hasta la fecha me he movido, de verdadero cosmopolitismo, y que en fuerza de correr de

una parte a otra del mundo, ya nada encuentro que me parezca nuevo, porque lo que no he visto en un sitio lo he visto en otro; sea porque en este tiempo las personas de que me he visto rodeado y las cosas que ellos manejan me recuerdan tanto a España que algunas veces tengo que preguntarme si es verdad que estoy a tantas leguas de distancia de Valladolid, el hecho es que nada encuentro nuevo, y que me parece que el viaje no es verdad o que estoy en una población poco distante pasando unos días.

Es más: confieso ingenuamente que al reflexionar sobre este fenómeno experimento una verdadera satisfacción; primero porque encuentro en la Argentina mucho ambiente español; cuatrocientos años de dominación son bastantes a imprimir un sello indeleble de españolismo en todo, aunque no falten quienes no quieran reconocerlo; después, porque en todos los órdenes he hallado actividades un poco desconocidas en Europa, particularmente en el campo católico. Como ya he dicho en cartas particu-

lares, aquí no puede venir nadie con pretensiones de descubrir mediterráneos; se ha trabajado mucho y bien; existen muchas obras católicas organizadas y en plena actividad; lo único que se necesita son hombres de buena voluntad que quieran trabajar, no de directores, sino de soldados decididos porque el terreno está muy bien dispuesto y seguramente el fruto sería abundantísimo; las gentes, particularmente las del país, son nobles, hidalgos, generosos y cultos; apenas hay analfabetos, parte porque el Estado ha multiplicado los centros docentes y más aún, porque todos sienten estímulos y anhelos para acudir a los centros de cultura.

Como (D. m.) me he de detener a estudiar lo que se ha hecho en la vida católica, prrticularmente en la acción social, no quiero adelantar nada hoy. Pero en cambio puedo decir que una rama del saber como la medicina, que por razones especiales he podido observar con algún despacio en estos días, se encuentra en la Argentina a una

altura envidiable y no desdice de las más adelantadas de Europa. Sus hospitales son numerosos, amplísimos y con todos los adelantos modernos; el número de médicos y cirujanos que se pueden considerar como eminencias es grande y su fama merecida, con grandes estímulos para colocarse a la cabeza y que que saben emplear los muchos pesos que les dá la profesión, en viajes e instrumentos que hacen posibles los frecuentes y maravillosos aciertos de estos beneméritos doctores.

Me figuro que paralelamente se desarrollarán las demás carreras y no se quedarán a la zaga la literatura y Bellas Artes que encuentran escenario tan generososo y frecuente como el de estos periódicos, diarios hasta de cuarenta páginas en folio, que indudablemente tienen muchísimo anuncio y notas de sport, pero que cuenta con páginas literarias muy escogidas.

Conste todo ello en honor de los argentinos, pero que no significa que esté todo hecho y no quede campo en que desarro-

llar toda clase de actividades; pero es preciso venir a la Argentina en ese plano, en la idea de aportar actividades y energías, sin pretensiones de maestro, para no sufrir desilusión o desencanto.

Por lo demás, la vista de este país y la riqueza inexplorada o por lo menos inexplotada que en él se encuentra, me confirma en la idea de que América en general será el refugio de Europa en los días cada vez más próximos, del triunfo de las absurdas ideas disolventes, que al pretender la reparación de una injusticia, sin normas de moral ni más autoridad que la fuerza, harán seguramente inhabitable por pobre, inerme e inculta toda la vieja Europa, si en toda logra poner su planta.

Una de las cosas que en esta primera y rápida visita me ha llamado la atención, es el cuidado con que se atiende al niño. Por todas partes se encuentran instituciones protectoras del niño; desde las salas de puericultura en los Hospitales (prescindiendo de los exquisitos y frecuentes cuidados a

las embarazadas y parturientas) siguiendo por los Colegios, hasta las dictracciones en los paseos públicos. No hay parque sin un recinto cerrado con columpios y diversiones de todo género para los niños menores de diez años. Es un encanto, a esas horas en que los mayores pasean por los entoldados y veredas, ver a centenares de chicos, saltando y columpiándose y tirándose por los variados juegos que la municipalidad pone gratuitamente a su alcance; y no sé el tiempo que llevarán utilizándoles, pero da la sensación de que empezaran a jugar en ellos ayer. Un guarda vigila los juegos, y no le he visto intervenir para nada, ni reprender a un chico. Otro detalle: en estos mismos parques los chicos juegan en la hierba, según rezan los letreros, hasta cierta edad y únicamente se les prohibe cuando conviene que la dejen crecer, con un letrero que dice: «Este césped está en descanso». ¡Verdad que todos estos detalles revelan cultura!

Según voy escribiendo noto que si Bue-

nos Aires tiene algo especial son los chicos. ¡Qué sanos, qué despiertos, qué atentos y simpáticos son todos! Es cierto que la niñez tiene muchos de estos encantos en todos los climas y latitudes; pero me parece que estos ganan a muchos en salud y en cultura. ¿Será que la Providencia prepara así las reservas del mañana para la lucha entre la civilización caduca y decrépita que es impotente para soportar ideas tan grandes como son la divinidad, la espiritualidad del alma, la redención, la solidaridad, el deber, la justicia, etc., y la que aparece ahora en el horizonte vigorosa, noble, joven y audaz para romper moldes, saltar sobre convencionalismos estúpidos y hacerse cada vez más hombres cuanto más se acercan a Dios?

Buenos Aires, 6 septiembre 1925.

Los Grandes Periódicos

Queridos amigos: Confirmo mi anterior, que seguramente recibiréis en esta misma fecha.

Hoy envío un paquete con dos periódicos y dos revistas de este Buenos Aires, el de las cosas grandes.

No creo que sean completamente desconocidas para vosotros; pero por si os ocurre lo que a mí cuando estaba en esa, que me acobardaba ponerme a revisar tanta letra y me mareaba tanta columna de letra del ocho, quiero serviros de guía, esta sola vez y mejor aún, hacer algunas reflexiones que a mi me ha sugerido este original periodismo.

Existen aquí tres periódicos que andan luchando en este terreno, dar mucha lectura y desde luego aventajar al otro en calidad. «La Prensa», «La Nación» y «La Razón».

Mando dos números, que yo entiendo son característicos; el del Domingo y el del Lunes. En el primero, lo mismo que en el del jueves dan el máximum de páginas: La Prensa», 60, en cinco secciones; «La Nación 54, en otras cinco secciones (en uno y otro, dos, son solo cuatro páginas de Rotograbado) y «La Razón» unas 30, mas el suplemento en mitad de tamaño con otras 16.

¡Toda esta enormidad de papel por 10 centavos!

Apropósito de esta exclamación me vais a permitir que os diga, entre paréntesis, algo que la explica por completo.

Todos sabeis que el centavo es la centésima parte del peso, que a su vez equivale a nuestro duro. Cuando yo desembarqué me costó cada peso tres pesetas y media, por lo tanto cada diez centavos suponían 35 céntimos de peseta. En aquellos primeros días, instintivamente, así hacemos toda clase de compras; pero los argentinos se han acostumbrado a considerar el peso del mismo valor que la peseta y así se explica que puedan

decir que allí la vida no es cara, particularmente en algunos artículos de comer. Pero a poco el ambiente, la mútua comunicación y el hábito llegan a familiarizarnos a nosotros con esta idea y terminamos por gastar un peso como ahí una peseta y los diez centavos de estos periódicos, nos parecen los diez céntimos de los de esa.

El resto de los días y por el mismo precio dan estos tres periódicos y sobre todo los dos primeros, unas 38 páginas.

No hay duda que gran parte del periódico la ocupan los anuncios de todo género, que es sin duda la vida del mismo, pero aun queda mucho papel para las informaciones y artículos.

En cuanto a las informaciones las hay de todo el mundo ¿todas con el gasto que supone, el ser hechas exclusivamente para cada periódico? Ellos lo sabrán.

Digamos algo de las de España. Desde luego merecen gran interés las cosas de nuestra querida patria y eso al fin es una satisfacción para todo hijo amante de su

madre. Pero tienen estos periódicos, que se ve son de empresa, la obsesión de la imparcialidad o de la libertad y así se encuentra con excesiva frecuencia en un mismo número y aun en la misma página (particularmente ahora que casi la dedican una página entera con motivo de la guerra de Marruecos) informaciones que ponen el nombre de España donde la corresponde por su valor, abnegación, cultura y demás virtudes que conocemos sus hijos, los que en ella vivimos y la amamos, aunque también conozcamos sus defectos, (menores y los mismos que hemos visto en naciones que alardean de carecer de ellos; y en la misma página, digo, otra información que deja a España materialmente por los suelos, sin pulso, sin vida, sin espíritu, atrasada, débil, como la pintan los que así quisieran verla.

Este dicen que es el periodismo moderno; que todo lo admite, que sobre las ideas tiene un interés que él cree superior, el de su imparcialidad (alguno pueda ser que tradujera, el de su negocio) Confieso ingenua-

mentente que no me convence este eclecticismo, que no lo es, esta imparcialidad tan injusta, esta libertad que acaba con todos los ideales.

En particular, tratándose de mi querida España, tanto más querida cuando más lejos de ella y cuanto más maltratada la veo, a veces por quien estaba muy obligado a estimarla más que a su vida, me duele encontrarme en días tan críticos como éstos de la guerra de Marruecos, noticias que puedan perjudicarla en el concepto de sus hijos ausentes y creo que es bastante razón para no estar conforme con este criterio absurdo.

Los artículos, tanto políticos como literarios adolecen de ese mismo defecto. Bien es cierto, que en política ha de ser esto necesariamente, porque los partidos en sí mismos, tampoco son partidos de ideas, sino tan personalistas como lo eran en el antiguo régimen en España.

Dentro de este marco puede suponerse el cuidado que es preciso tener para echarse al coleto cuanto se escribe en estos pe-

riódicos, particularmente los días especiales (jueves y domingos) que vienen las secciones literarias. Las colaboraciones son de la Argentina y del extranjero; algunos españoles, pueden decir si pagan bien estas colaboraciones; y me parece que no les cuesta un máximum de esfuerzo a quienes, ya acreditados en esferas más o menos altas, pueden cumplir su cometido consintiendo la reimpresión de trabajos ya conocidos en España.

Nada hemos de decir de las informaciones de los Departamentos de la misma República, porque en estas ya se ve que si es muy completa (a veces parece que se trata de la capital) es fácil adquirirla. Dada la afición que en todas estas gentes hay por salir en los periódicos, se multiplican prodigiosamente los corresponsales gratuitos.

He de hacer notar la importancia que dan estos periódicos a las noticias de Deportes. Todos los días dedican varias paginas a estos y espectáculos; se anuncian, se hace la reclame, se detallan y describen con toda clase de circunstancias Pero cuando es preci-

so notarlo más, es en los números del lunes: páginas y más páginas a deportes, de todas clases, de la república y de fuera de ella.

Por esta razón os mando un número del lunes para que podais daros cuenta de lo que digo y que no es exageración. A mi lo que me enseña es: la importancia que se da en este país a los deportes. Los domingos nadie piensa más que en divertirse, pero esta diversión, reglamentada, regulada en la forma del deporte moderno que en todo el mundo ha llegado casi hasta la locura. Uno de los deportes más concurridos y en los que aparece también otro defecto no pequeño, es el de las carreras de caballos ¡cuánta pasión! ¡cuántas discusiones! y ¡Cuántas apuestas! Dicho se está que si por una parte, tan gran afición a las carreras, hace que tengan en Buenos Aires dos de los mejores Hipódromos quizá del mundo; por otra da lugar a informaciones amplísimas en los periódicos, con páginas ilustradas con profusión y desde la caricatura hasta la página seria en Rotograbado.

En fin, que viendo los numeros de los periódicos el lunes, siempre surge la misma exclamación ¡cuánto se divierte la gente en Buenos Aires!... Amigos, «eso lo tenemos los que vivimos la vida moderna».

Por último queda la sección anuncios y reclamos: ocupan mucho, como la tercera parte de un número ordinario; pero la razón de su existencia es su necesidad y utilidad.

En todas partes el que no se anuncia no es conocido; pero aqui el ser anunciado dá además crédito. Si se habla de un producto inmediatamente se pregunta ¿dónde viene anunciado? Si no vienen los anuncios en el periódico y cuanto más llamativos mejor, la cosa no debe valer mucho. No hay que decir que en periódicos de esa importancia y de una tirada que llega a más de doscientos mil ejemplares cada día, (lo pongo en letra para que no dudéis) ha de costar el anuncio muy caro, pero en la misma proporción está la difusión del anuncio y por lo tanto las ventajas que él proporciona.

En los anuncios de personas, o especie de

Bolsa del Trabajo, también es mucha costumbre buscar en ellos la solución de los poblemas de servidumbre y ocupación, aunque siempre es un último recurso; sin embargo son muchos los que se colocan por este medio; que les ofrece más ventajas que las desacreditadas Agencias de Colocaciones; aquí se nota mucho la falta de verdaderas Bolsas del Trabajo, bien organizadas y con la garantía de instituciones formales y serias.

En resumen: los periódicos reflejan con exactitud la vida y hábitos de los americanos en general y de los argentinos en particular. A estas alturas, sin que sea fácil decir quien ha formado a quien; ni el argentino puede prescindir de su prensa, ni ésta puede ser de distinta manera de como es.

¿Quiere decir esto que no sea posible crear en Buenos Aires un periódico de ideas, con empuje y alientos, que sea leido y llegue a tener el crédito de los actuales de empresa?

Yo creo que no. Es decir que con un poco de entusiasmo y una buena orientación,

queriendo de verdad hacer el periódico moderno en la forma, y en cuanto no afecte a las ideas, se puede hacer; y es un empeño y labor de los buenos junto con los inteligentes de la Argentina, que, dicho sea de paso, tienen con sus hermosas y abundantes obras y con su público, suficiente para asegurar la vida próspera de un diario de ideas sanas y que encauce las grandes energías de este pueblo que nace, a ideales más amplios y duraderos y nobles, de gran porvenir en la historia de la humanidad.

De las Revistas, poco he de decir. Que son muchas y muy bien hechas, tipográcafimente, se entiende, porque en el orden de las ideas, ofrecen el mismo inconveniente que los periódicos. Cualquiera de ellas puede competir y aún supera a las mejores de Europa. Sobre todo en lo que desde luego las supera en su economía (siempre supuesta la relatividad de que hablé antes).

Buenos Aires, 29 Septiembre de 1925.

A vista de pájaro

OBRAS SOCIALES

¿Qué preferís, mis queridos amigos, una relación metódica, llena de números, con clasificaciones estilo norte americano, o sencillamente que os vaya relatando lo que vea y observe, aunque alguna vez me ayude de impresos que fijen y den valor justo a mis apreciaciones personales?

Desde luego que el primer método es más científico, más fundamental, quizá más educativo, pero exige en mi mayor esfuerzo y he de vencer la pereza que es en mi un mal antiguo. Por otra parte me parece que pecaría de pretencioso y creo que lo que más enseña, estimula y educa es, no la cantidad de cosas, sino el modo; orientación, espíritu, el ideal que informa las obras; cosas que me parece no exigen tanta pre-

cisión en los detalles; que al fin y al cabo, detalle considero, aunque muy fundamental porque prueba la eficacia de una obra, el número de los afiliados a la misma.

Por otra parte; van pasando los días y llevo hechas unas cuantas vistas a obras sociales, que me han hecho escribir lo que habeis leído de lo mucho bueno que se ha hecho y que solo faltan operarios para ejecutar; pero siempre me quedo en espera de Memorias que están próximas a salir. Refexionando bien, resulta, que en el momento que las tenga en mi poder, sólo voy a ser un copista más o menos afortunado de lo que otros me darán hecho; lo cual creo que otros seguramente harían mejor en esa con gastarme los sellos del franqueo; y... entiendo que no es esa mi misión.

Pero basta de preámbulo y querais o no, porque tengo la sartén por el mango (léase la pluma) tendreis que conformaros con lo que os dé o dejar de leerlo, con lo que no perdereis gran cosa (en lo que a labor mía se refiere, entiéndase bien).

Y empezaré por instituciones femeninas, sin más razón que haber sido las primeras que he visitado.

Me ha servido de guía en esas visitas el P. Masferrer, Jesuíta infatigable, amenísimo y de una actividad prodigiosa, que soporta con una naturalidad encantadora. Dirige las obras de las Conferencias de San Vicente de Paul y las Hijas de María; pero ya ireis viendo lo que son aquí estas dos instituciones y con cuanta razón merecen la primacía en las obras sociales.

El primer día (domingo) me llevó a la Caja Dotal. El Centro que yo visité es el A o sea el primero de la serie que llega hasta la letra K distribuídos en sola la ciudad de Buenos Aires. Se encuentra establecido, aquel, en el Colegio del Sagrado Corazón que dirigen las Hijas de la Beata M. Baralt, recientemente puesta en los altares. Las demás Secciones también se encuentran establecidas en casas de Religiosas, por regla general, aunque algunas hay que no lo están.

Dirigen esta obra las Hijas de María, que

no satisfechas con los cultos a la Madre del Amor Hermoso, sacrifican muchas horas a a estas hermosísimas obras de celo.

La Caja Dotal tiene, como uno de sus fines, aunque no exclusivo, el de estimular al ahorro a las jóvenes obreras y empleadas que fácilmente en estas grandes urbes malgastan en trapos y sedas los frutos de un trabajo penoso y rudo. Como en casi todas las partes, en un principio fué díficil hacerlas entrar por tales senderos; pero ¿para qué están los grandes recursos, sino para los grandes remedios? y el P. Masferrer impuso, en medio de la estupefacción general, dar a cada una otro tanto de lo que impusiera de ahorro. Como veis, la proposición no podía ser más tentadora para las imponentes, ni más amenazadora para las señoras y señoritas que habían de pagarlo; más resultó que no era tanta la cantidad como se figuraban y dado el primer paso, que resultò como se había previsto un estímulo poderosísimo, se reglamentó este subsidio o premio, de manera que fuera suficiente

recompensa, sin sacrificio para las que habían de pagarlo.

El primer año supuso al sacrificio unos mil pesos, después se acudió a los beneficios de una confitería, que ya han dejado, porque estos negocios es difícil llevarles bien, y hoy están limitados los premios, además del seis por ciento, a cantidades determinadas, en proporción de la cuantía de la imposición y más aún de la constancia en imponer. Para ello contribuyen, las que además prestan su concurso personal.

El día que yo ví funcionar esta Caja estaban las señoritas encargadas de la Sección en su puesto, recogiendo las cantidades, haciendo las inscripciones en las libretas y llenando los detallados impresos de contabilidad con un orden y formalidad, digna de un Banco. Aquel día y en aquella sola Sección se impusieron unos dos mil pesos. El número de las que en la misma tienen libreta pasan de mil trescientas.

Pero no es esto solo. En aquel amplio salón y en un «ordenado desorden», había

una porción de grupos, en los que Hijas de María, y conste que en calidad de tales, pues las obras son de la Congregación, enseñan a las jóvenes obreras y empleadas, una porción de labores, no simplemente para capacitarlas en la lucha de la vida, sino de mero adorno: así ví enseñar mecanografía (por cierto a una negrita, entre ellas, también las había en otros grupos; esto tiene más importancia de lo que parece, por lo que diré otra vez); a otras taquigrafía; a otra a tejer un telar, cosas finísimas, (en la Argentina esto es una carrera que luego las proporciona colocación en las escuelas para dar clase en las nocturnas); a otras encajes finísimos de varios estilos (yo no entiendo una palabra de esto, pero me parecieron cosas muy difíciles y desde luego bonitas) a otras pirografía, en lo que ví cosas lindísimas; a otras labrado en cuero; a otras repujado, etcétera, etcétera, y desde luego cada vez más admirado del primor con que hacen estas labores, que en los escaparates cuestan un imperio.

¿Qué os parece estas Hijas de María? ¡No es cierto que la Madre estará muy satisfecha de tales hijas y las bendecirá desde el cielo? Desde luego que además de esto, hay que tener en cuenta que son de lo más granado de la República, hijas de millonarios, que hacen buenísimo papel en el alto puesto en que Dios las ha colocado.

Y si por esto fuera poco, aún me enseñaron allí mismo la despensa del pobre, que ellas sostienen, repartiendo en días determinados (creo que son los sábados) bolsas con una porción de cosas buenas, arroz, azúcar, hasta conservas.

Me parece que no estaría mal que tuvieran también un poco de recreo para las tardes de los domingos; y así lo han creído ellas y en el salón que en la mañana es de trabajo, por la tarde es de Cine, al que acuden las obreras de la Caja Dotal y se divierten sin gastar un centavo y sin ofender a Dios, que es lo principal.

Un día el P. Masferrer me llamó para hacer otra visita; subimos a un tranvía y

después de casi una hora de camino, nos apeamos en un barrio extremo, donde el Consejo Supremo de las Conferencias de San Vicente de Paul tiene uno de los dos grupos de casas para obreros.

El barrio no está muy poblado, pero ya se nota el movimiento de población que crece cada día. Por el camino iba diciéndome el Padre como en un principio apenas se podía ir por allí, porque chicos y grandes insultaban al sacerdote; poco después empezaron a visitarlos señoras y señoritas y hoy todos tienen respeto y hasta cariño a unas y a otros. En el trecho que hubimos de recorrer a pie, los chicos se acercan pidiendo estampas y medallas (veo con gusto que esto es muy frecuente en Buenos-Aires).

Por fin llegamos al grupo de casas y nos encontramos con un espectáculo que si al exterior ya es hermoso, conociendo las circunstancias, resulta edificantísimo. En tres distintas habitaciones (muy pobres como podeis suponer) había grupos de niñas a

a quienes enseñan la doctrina cristiana y preparan para la primera comunión, unas señoritas. Las niñas son de los más desarrapado del barrio; las jóvenes, ya lo habreis adivinado son las Hijas de María, pero de lo más aristocrático y de lo que más figura en el gran mundo por su riqueza, apellidos, hermosura y distinción. A un caballero que en cierta ocasión acompañó al Padre en una de estas visitas solo le ocurrió exclamar ¡pero es posible! ¿pero no es la señorita X? Si señor, le contestó, y ahí la tiene usted todos los días mientras se preparan estos niños y niñas para la primera comunión y después en determinados días, por turno, para que perseveren en el fruto de la primera comunión. Este señor entregó ayer quinientos pesos para esta obra.

Yo no diré que también sería bueno que las numerosas Congregaciones de Hijas de María de nuestra querida patria deberían encauzar sus actividades por estos caminos; eso se queda para sus Directores que sabrán lo que tienen que hacer; pero me puedo

permitir pensar que serían enormes los bienes espirituales y temporales, de aproximación, amor, paz y progreso que podían traer si esto hicieran ¡y qué bien preparado se encuentra el terreno! Y si la mujer es de Dios, lo sería el hombre, lo sería la sociedad, no hay que darlo vueltas. Y los tiempos piden virtud activa, que salga de sí misma y se derrame en los prójimos.

Ya se que en Valladolid y en otras partes también, hay señoritas que se dedican a algunos de estos apostolados, particularmente a la enseñanza del catecismo; pero en lo que yo quiero hacer fijar la atención es en que aquí es fruto de la Congregación. Aunque aquí, el lugar donde hemos visto actuar de catequistas a las hijas de María pertenece a las Conferencias de San Vicente (y esto quiero hacerlo resaltar) pero en la Congregación están los nucleos de que dispone el Consejo de las Conferencias.

Es decir que hay obras que son dirigidas por ellas mismas y otras a las cuales prestan su apoyo y ayuda, como tales Hijas de

María siempre. ¿Se va viendo toda la trascendencia de tal organización y espíritu?

Y como esto se ha hecho más largo de lo que pensaba, que de para otra vez hablar de las Conferencias de San Vicente de Paul.

Buenos Aires, 4 Octubre 1925.

Conferencias de San Vicente de Paul

Aunque aun no he visitado, no digo todas sus obras, porque sería labor imposible, y quiza no correspondiera el esfuerzo al provecho que de tanta labor sacara, pero ni siquiera un ejemplar de cada una de las que sostiene, sin embargo, no me resisto al deseo de dar a conocer cuanto antes, la obra más grande de la República Argentina y acaso del mundo entero.

Veréis, si Dios os da un poco de paciencia, que no exajero.

La primera visita que hice a obras de las Conferencias fué el Instituto Superior de Economía Doméstica (perdonad que sacrifique, por el momento, el orden de las organizaciones, al de mis impresiones particularísimas).

Se encuentra instalado en una magnífica casa de calle céntrica (Carlos Calvo, 922) de cinco pisos. Está dirigida por Religiosas de Jesús María, preparadas en el extranjero para esta delicada, hermosa y moderna labor.

Recorrimos todas las dependencias y os contaré lo que me acuerdo haber visto. Lo primero, tres cocinas !¡ ¿? sencillamente para la clase de cocina; y utilizadas, una por las internas, otra por las obreras, que reciben gratis las enseñanzas, y otra para el servicio de la casa; clase de dactilografía o mecanografía, con más de veinte máquinas de varias marcas; taller de planchado, lavadero, clases de bordado, de corte; clase de higiene y puericultura, y en esta clase una muñeca grande, que es la continua lesionada, sobre la cual prácticamente hacen los vendajes y a la que prestan los primeros auxilios en heridas; de esta clase están encargados Profesores acreditados; Capilla, patios, etcétera.

Además hay una porción de habitaciones

para pensionistas, en las que señoritas que se encuentran lejos de sus familias, son allí objeto de atenciones y cuidados especiales y están al abrigo de todo peligro; tienen una linda pieza, sana y abundante alimentación en comedor independiente para ellas solas y buenas y cariñosas amigas y compañeras.

Otro día visité la casa de Santa Felicitas, que es un magnífico edificio con Iglesia independiente, pero con acceso desde la casa. Fué edificado a todo coste para Colegio, por una Comunidad de religiosos bajo la advocación de Nuestra Señora de Lourdes. Las Conferencias lo adquirieron muy barato y en él han instalado otra obra igual a la anteriormente descrita.

Unicamente tiene, además de las clases del Instituto y las Pensionadas de la anterior, los comedores para obreros, en los que por 20 centavos (cantidad irrisoria en este país, que le dan el valor de 20 céntimos de peseta) toman un excelente almuerzo, hasta con café. Cuando yo visité la Casa era pró-

xima la hora de la comida; me llamó l
atención el tamaño de las ollas (son pa
mil raciones) y el que la coción se hace
vapor. Aquéllo olía bien y el pan invita
a comer, porque es tan bueno como el
lujo de esa. Acudían aquel día más de

Esta casa fué visitada por nuestra Infa
Isabel; y cuando el P. Masferrer la salud
después de varios años en Madrid, no s
le recordó que ella le había visto, sino q
le mostro el obsequio que le hicieron
educandas, conservado con especial pre
lección.

Finalmente he visitado la Oficina Cen
del Consejo General. Oficina permane
con cuatro habitaciones en las que trab
tres señoritas y a cuyo frente se encue
el Administrador.

Como detalle de esta visita haré n
que me llamó la atención ver sobre una
lla un rimero de Libros de Caja y me
ré, y así lo dije, que serían los que el C
sejo mandaba a cada Consejo partic
para que hubiera uniformidad en las

tas y con una modelación especial, algo así como lo que nosotros tenemos en la Federación de Sindicatos Agrícolas: pero me dijeron—no señor; estos quince libros son las cuentas de todas las obras que directamente administra el Consejo General, preparadas para llevarlos a la señora Tesorera quien «todos» los meses ha de revisarlos; «y lo hace» porque de otra manera no podría dar cuenta en la reunión mensual del Consejo. A mí me ha parecido una de las obras más meritorias: el que una señora ¡y de estas señoras! repase todos los quince libros de Caja que solo verlos asusta.

Y... no he ve visto más de las obras de las Conferencias; digo mal, he visto el grupo de casas para obreros, de que hablaba en mi crónica anterior, y que son 92 casas independientes, de dos y tres piezas cada una, cocina, cuarto de baño y un patiecito o jardín. Tienen todas luz eléctrica, aguas corrientes y servicio completo de cloacas. El alquiler es solo de 25 o 35 pesos mensuales, que supuesto que en Buenos Aires

lo más caro de la vida (con estar mucho todo) es el alquiler, resulta una renta modestísima.

Aunque no he visitado más que estas Instituciones, ya podréis suponer que en el camino y junto a las mismas obras había de hablar del conjunto de las Conferencias, de su organización y de las restantes obras que sostiene. Y así es en verdad. Por eso he sabido que es una obra nacional, dependiendo de este Consejo General toda la obra que se encargan de dirigir y fomentar los nueves Consejos Particulares de las Provincias.

Qne además de las señoras de las Conferencias, a quienes llaman Vicentinas, existen los Talleres de Señoritas aspirantes. Esto me parece algo nuevo que entiendo no existe, al menos en España. Su labor es hermosísima; son el plantel de las futuras Vicentinas. Dependen del Consejo General. Durante el año, y en numerosos grupos, todas las semanas se reunen en estos Centros las señoritas para dedicarse a la

confección de ropa y vestidos para los pobres de las Conferencias. Solamente en Buenos Aires existen 50 talleres.

He sabido también que la actividad de todo este ejército, cuyo número os daré con exactitud, pero desde luego sé que pasa de quince mil entre socias honorarias, activas, suscritoras y aspirantes, no se concreta a una sola obra, sino que abraza cuantas puedan ser de provecho y utilidad para el remedio de necesidades obreras.

También puedo adelantaros en éste orden, que sostiene, poco más o menos, 64 casas y asilos para pobres, 4 dispensarios y gota de leche, 5 consultorios externos, 6 hospitales y 1 lazareto para leprosos, 11 escuelas y colegios, 7 talleres de aprendizas, 2 colonias obreras, 2 Casas Instituto Superior de Economía Doméstica (incorporados a la enseñanza oficial) que son los que yo visité, 1 asilo para proporcionar pieza económica a viudas vergonzantes con hijos, en los que por 8 pesos mensuales disfrutan de una linda pieza con su cocinita. ¿Se puede

imaginar cosa más ingeniosa que la caridad?

Esto, sin dejar, antes al contrario, la visita domiciliaria; con todo lo cual resulta un balance de más de 70.000 pobres atendidos, y un gasto de más de dos millones de pesos gastados, ¡y esto de los registrados!

Ya sé que muchas de estas obras ya existen en España y en otras naciones; hace tiempo que dijo Salomón: «Nihil novum sub sole». Lo que yo encuentro de nuevo y maravilloso, no son cada una de las obras, sino el conjunto, y el que se pueda así sostener la atención y actividad de las socias en una multiplicidad tan asombrosa de obras, la facilidad que esto presta para encontrar colaboración y el crédito que adquiere; con todo lo cual, el fruto espiritual y de paz social es enorme e incalculable.

Nace de aquí otra ventaja y es el que por la variedad de las obras, se encuentra siempre sitio adecuado para colocar actividades que no sienten vocación o no tienen aptitud para todo.

Por otra parte, este encauzar toda la obra de piedad hacia la acción tiende a llenar por completo el fin que se propuso Federico Ozanam al fundar las Conferencias de San Vicente de Paul, la aproximación de clases, el mutuo conocimiento y por consiguiente el mutuo amor.

Y si a todo esto se agrega el poder disponer de tantos elementos, mas los que encuentra este admirable P. Masferrer en las Hijas de María, ya no os llamará la atención que pueda llevar hasta el último extremo la influencia de la caridad cristinaa, puesto que las bajas o necesidades que pueda tener una institución, las llena inmediatamente con los millares de que dispone en los Talleres de Señoritas Aspirantes o en las Hijas de María.

Aprovecho esta circunstancia para deciros que me maravilla, y desde luego con gusto, la generosidad de lá gente de este país; ya iremos comprobándolo con el relato de otras obras.

Buenos Aires, 6 octubre 1925.

Más visitas con el P. Masferrer

Quizás resulten un poco defraudados en sus esperanzas, pues seguramente esperarían que mis crónicas serían puramente sociales, entendiendo por tales reseñas de obras de mutualidad, de cooperación, de sindicación obrera, etc., etc. Pero el hombre propone y Dios dispone; además entiendo que no me aleja demasiado de mi propósito el relatar detallada y circustancialmente la obra de Asociaciones, en sí mismas solamente piadosas, ya que ello da una elocuentísima lección de hechos, que puede ser de gran fruto en esa y en todas partes, a saber: que la obra social no es exclusiva de las Casas Sociales y de las Instituciones que con este nombre aparecen, sino que puede y debe extenderse a cuantas instituciones reciben la savia de la caridad cristiana, aglutinante único de los fragmen-

tos en que se halla dividida la sociedad en virtud de lo que se llama la cuestión social, y por lo tanto, que, por lo menos, hemos de pedir a estas instituciones, congregaciones o como las queramos llamar, su esfuerzo y cooperación (si no hemos de ser nosotros los que nos entreguemos con armas y bagajes en sus manos, para ayudarlas en la obra de transformación del mundo que pide la lucha entre los hombres).

Con esta salvedad, advertencia o lo que sea, y con vuestra licencia, proseguiré contándoos mis paseos acompañando a este infatigable P. Masferrer en sus correrías apostólicas.

El día 14 de octubre fué fecundo, pues nada menos que tres fueron las visitas que hicimos.

La primera a un grupo de Casas Baratas para Obreros. Se trata de un grupo, propiedad del Municipio. Algún tiempo tuvieron las Conferencias la administración de este grupo, pero querían independencia para disponer de las casas, y como no se lo con-

sintió el Municipio, dejaron la administración, pero no abandonaron su obra educadora y misional. Así tienen las señoritas de los Talleres sus clases diarias de Catecismo, preparando a los de Primera Comunión, que, en la tarde que nosotros las visitamos, eran niños; sostiene escuelas bien dotadas, con profesores diplomados, como aquí dicen, obran, en fin, en la barriada (que por cierto es muy linda: a los Municipios les suele doler menos gastar que a los particulares), como si fuera suya y tuvieran la responsabilidad de todos aquellos vecinos.

Fuimos después a visitar otra barriada, también del Municipio, pero sobre la cual tienen las Conferencias la administración, con todos los derechos de admisión de vecinos, etc. Ante todo, esta administración no dá a las Conferencias, sino libertad para obrar, pues lo que cobra de alquileres es para la Municipalidad.

La particularidad de esta barriada fué un taller en el que aproximadamente unas setenta chicas aprenden labores y corte. El taller

funciona día y noche; está al frente una maestra diplomada, pero las señoritas acuden sin falta a enseñar. No van más chicas por falta de local.

Finalmente visitamos otra institución también municipal y actualmente regido y administrado por las Conferencias de San Vicente de Paul. Es un Asilo para ancianos y niños.

Cuando lo tenía la municipalidad era solamente asilo de noche; y allí, sobre una dura tabla, sin más abrigo, acudían toda clase de gentes, lo más pobre y desarrapado de esta gran ciudad, donde, como sucede en todas las grandes poblaciones, junto a la más deslumbrante riqueza, pulula y se arrastra lo más hediondo y miserable. Nos enseñaron algunas fotografías de lo que era este asilo en aquella época, y no querais saber la impresión que daba; también tenía coleccionados artículos de periódicos denunciando aquello.

En cambio es preciso ver la transformación que se ha obrado con la varita mágica

de la caridad de estas señoras, nunca bien alabada. Hoy es un asilo modelo, con dormitorios amplísimos y limpios como los chorros del oro, que dicen los andaluces, comedores, donde pudieran sentarse sin escrúpulo las más delicadas damas, aguas abundantes en baños para todas las edades allí recogidas, limpieza igualmente en las ancianas, algunas de más de ochenta años, y limpieza encantadora en los pequeños, desde los recién nacidos hasta los de doce y trece años.

Es también Casa-Cuna, y es una monada ver las cunitas, tan limpias, con sus mosquiteros, anudados con un lacito rosa (no éramos esperados, conste; no se crea, pues, que aquello era como las limpiezas en los días de visitas de los reyes), al lado de la cama de la madre, de una blancura de nieve.

De la higiene y cuidado de los niños os dará idea el saber que hay una mujer que todo el día no tiene otra ocupación que bañar a los niños, quienes lo hacen todos los días.

Todo ello corre a cargo de un matrimonio que es una verdadera alhaja, no solo por lo que revela de limpieza cuanto se ve, sino por su escrupulosa administración, por el cariño con que tratan a los niños, y el que revela en el que ellos les tienen, lo mismo que las ancianas, y, por fin, en su religiosidad.

Ahora están asilados unos ciento cincuenta niños y otras tantas ancianas.

Todos los sábados van las señoras de la Conferencia y las señoritas de los Talleres a enseñar la doctrina a todos los asilados.

Como habreis notado, la característica de estas obras es el que no han sido fundadas por las Conferencias, y ni siquiera son de ella; las tres son del Municipio.

La intervención de las Conferencias le cuesta muchos millares de pesos, (sin contar la labor personal de que hablamos siempre) las Escuelas y Talleres de las barriadas, fiestas de primera Comunión, premios y otros estímulos.

El Asilo solamente cuesta a las Confere-

cias dos mil pesos mensuales (a la par dos mil duros, al cambio actual unas siete mil pesetas) el Municipio solo da para ayudar a levantar estos gastos unos trescientos pesos. Sin contar que al tomarlo a su cargo las Conferencias hubieron de gastar en obras, desde el suelo hasta el techo. y en menaje, un buen montón de pesos. El menaje, particularmente las camas, es muy bonito y práctico, de hierro, pintado en blanco esmalte, con la mesa de noche adherida a uno de los barrotes de la cabecera y movible.

Después de todo esto lo primero que a mí se me ocurrió y seguramente ocurriría a muchos de esa, fué preguntar: Bien, pero ¿y si un día se le ocurre a la municipalidad decirse dueño de todo ello?

Contestación: «Se quedaría con ello, pero no nos quitaría el bien que hemos hecho ni la semilla buena que hemos sembrado».

Los comentarios les pone Dios, que premiará como El sabe tal generosidad y desprendimiento.

Buenos Aires, 14 octubre 1925.

En las Adoratrices

Llego en este momento de la Casa que las Religiosas Adoratrices, españolas, tienen en la calle de Potosí.

Han celebrado en los tres días pasados, solemnísimas fiestas religiosas, durante las cuales y ante Jesús Sacramentado, el amor de la Beata María Micaela del Santísimo Sacramento, se han cantado las virtudes de esta Fundadora, española y del temple de Santa Teresa de Jesús; de estas fiestas, no me propongo hablar; con decir que tenían como fin celebrar el incomparable honor de haber sido elevada a los altares la que proporciona a estas heroinas de la caridad, las místicas dulzuras y divinos placeres de su vida religiosa, está dicho que habrán dispuesto cuanto en su mano estuviera para tal fin. y contribuyera a darlas sumo realce.

Y de hecho; la dignidad de los que h
celebrado las Misas cantadas en los t
días; los predicadores de los seis sermo
pedidos a distintas órdenes religiosas y
clero secular, como concurso de las distin
fuerzas del éjercito de la Iglesia de Cri
la variedad de elementos que han toma
parte en los cantos; hasta las invitacio
que han repartido con prodigalidad, co
queriendo hacer participantes de su di
al mayor número posible de fieles; todo
han hecho y puesto a contribución p
honrar a su Madre y ni que decir tiene q
todo ha resultado muy hermoso.

Pero todo esto, con tener un valor inc
culable para las Adoratrices y en particu
para las de Buenos Aires, entre las cua
se encuentran tres de las seis que os de
vinieron en el mismos vapor que nosot
y recuerdan con cariño aquellos días y a
gunas incidencias de el; con todo esto, re
to, no merecía la pena y menos est
justificado, que escribiera una crónica p
una revista social como «Castilla».

Quizá haya menor motivo y justificación en que os hable, como es mi propósito, de la velada («Acto literario musical», lo llaman ellas en el programa) conque esta tarde han dado remate felicísimo a tales fiestas; pero ya he encabezado desde la primera, estas crónicas con el mote de «Impresiones», y tengo derecho a contar lo que siento (el mismo que teneis vosotros a no leerlas).

Y basta de preámbulos.

¿Lo diré?—Y si lo he hecho, ¿porqué no lo he de decir?—Pues, sencillamente; que apesar de mis años y de mi costumbre de de ver estas cosas, me he conmovido hasta llorar como un chico.

¿Qué ví en la velada que así me conmovió! En realidad, nada extraordinario, Para los que, gracias a Dios, andamos entre frailes y monjas; una de tantas veladas, con sus piezas de música, sus poesías declamadas, sus cánticos, diálogos y piececitas más o menos afortunadas en la estructura y en la ejecución.

¿Entonces...?

No se si podré explicarme. Me he co
cado en un plano que me parece termin
por arrojar las cuartillas al cesto de los p
peles. Pero en fin; allá va, por si vale,
que yo sentí.

Figuraos un saloncito pequeño (casi sie
pre son pequeños los salones donde d
sus fiestas las religiosas) lleno de gen
toda de casa; sacerdotes, religiosas, coleg
las, amigos y favorecedores de la obra
frente un escenario modestísimo, sin pret
siones, todo sencillez, con un teloncito
boca que no acusa ciertamente a un esce
grafo de fama. Al levantarse el telón
quedando otro de gasa verde muy tras
rente que da a la escena una tonalidad
cantadora de misterio, una colegiata... P
¿os dais cuenta de lo que significa en
Adoratrices, una Colegiala? son las «chic
que la Beata María Micaela amaba tanto
las que se sirvió Dios Nuestro Señor, p
llevar suave y fuertemente a su sierva a
fundación del Instituto, las que han re
dado (bien, lo diré todo, hemos record

estos días del tríduo, ponderando la caridad de la Beata, quienes hemos tenido la dicha de cantar sus glorias, las que el mundo persigue, las que se vieran al borde del abismo y allí encontraron la mano de la Adoratriz que la separó y la llevó al pie del Sagrario... esa Colegiala estaba allí y dijo... ¿qué importa lo que dijo? apenas me acuerdo. Solo tengo idea de que anunció que consagraban la velada a su Madre; pero lo dijo de tal modo, había en su actitud y en su mirada y en su voz, tanto amor, tanta gratitud, tanta sinceridad, que desde aquel momento me declaré vencido y empecé a conmoverme.

Y, sin darme lugar a la reflexión, en ese estado de inconsciencia en que el sentimiento lo es todo y se anula la inteligencia, se alza otro telón y aparece un cielo; cielo sí, de teatro; pero preparado por monjas. ¿Os habeis dado cuenta del encanto y delicadeza de estos cielos de gasas y flores, en un escenario, chiquito, sin pretensiones? y ¿cómo hieren más, llegan más al alma, que

esos otros que pintan y preparan los grandes escenógrafos? no es que haya en aquellos más arte ¡ni mucho menos! si no pareciera un atrevimiento, yo diría que eran más auténticos, porque quien los prepara conoce mejor la realidad y por lo menos ha pensado más en ella. Al fin, sin que sea molestia para nadie ¡Dios me libre de ello! las unas viven pensando en el cielo y obran en todo para prepararse el cielo que es su única recompensa por la vida de renunciaciones y los otros, por regla general, viven la vida mundana y artificial del teatro.

Pero, no divaguemos ahora; siguen apareciendo Colegialas, vestidas de Angeles... de Santos...; hablando el lenguaje de los Angeles y de los Santos... poderando siempre las virtudes de la Beata...

El cuadro representa una deliciosa y mística discusión, ante el trono de Dios, entre San Francisco Javier, San Ignacio de Loyola, San Isidro Labrador, Santa Inés, Santa Filomena y por fin Santa Teresa de Jesús, sobre el lugar que a la nueva Beata corres-

pondía en el cielo. Termina en una especie de apoteosis en la que la Beata María Micaela del Santísimo Sacramento, es colocada por Jesús a su lado, como Esclava del Sacramento.

El cuadro resultó lucidísimo; de luz, de decoración, de colocación de las figuras. que por cierto estaban mejor caracterizadas de lo que podía esperarse.

Y... serán ñoñeces, cosas de neurasténicos, lo que ustedes quieran, al mirar aquellas caras llenas de modestia; aquella devoción y hasta unción, como si en realidad se encontraran ante el trono de Dios; al escuchar, en medio de un silencio sepulcral, con sus voces jóvenes y acariciadoras, con la dulzura del tono argentino, hablar, del celo ardentísimo por la salvación de las almas de aquella criatura que en eso se asemejaba a los apóstoles, del ardor conque sufrió como los mártires, de su virginal pureza nunca manchada, habiendo de lavar tanto cieno; al oir de tales labios con un convencimiento y un ardor de enamoradas de Dios, frases

tan delicadas, tan llenas de fe, reveladoras de una esperanza firmísima, trascendiendo a caridad purísima...

Y todo esto saturado de aire de España. Religiosas españolas, la concurrencia en en gran parte española, en el escenario Santos españoles, que aducen como título para llevar a la Beata a su Coro, el ser española... a tantas leguas en el cuerpo...; con el corazón, cada día más cerca... Lo que veía, lo que pensaba... lo que aquello significaba y lo que a mi me recordaba..., las virtudes de unos, los amores de otros, las abnegaciones sublimes, las renunciaciones dolorosas, los idilios místicos, los dulces dolores de la práctica de la virtud; todo esto, sentido, vivido, reflejado en rostros aureolados por el recogimiento y la modestia, en un ambiente todo virtud, pero virtud suave, que lucha pero no hace ruído, que se violenta pero no tiene un movimiento que lo denuncie, que siente el corazón desgarrarse pero sabe esconderlo en un pliegue de sus labios sonrientes, y por fin, escuchando a

cada paso nombres que me dicen toda mi vida, mi amores y mis ilusiones, mis esperanzas y mis ideales... la Virgen de Avila, fundadora de tantos Conventos, de Valladolid, Palencia, Segovia; el Santo Labrador a quien hemos encomendado la mayor parte de nuestros Sindicatos Agrícolas; el Fundador de la Compañía de Jesús, tan ligada a nuestra obra social que es su sabia, puesto que Jesuítas han sido y son sus Directores; y sobre todo, aunque lo repita, ese nombre que tan grato es a todos los hijos buenos cuando se apartan de ella, que constituye... (no es este el lugar para decir lo que es la patria para quien está fuera de ella) el nombre que solo con verle escrito en los periódicos me conmueve ¡ESPAÑA! Todo este conjunto, me concedereis que era suficiente para conmover a quien, como yo, tiene predisposición, para dejarse llevar por lo que signifique ternura, abandono, desgracia, pena; y sobre todo, estas cosas llevadas con resignación callada en manos de la Providencia amorosa de Dios...

Y ya que escribo para un revista social, ¿porqué no he de sacar una consecuencia apropiada?

La obra de las Adoratrices es reparación de una de las mayores injusticias sociales; la de la indefensión en que se encuentra la joven de nuestros días, acuciada por la necesidad, estimulada por el ambiente favorable a ocupar un puesto y ganarse un sustento en tantos sitios y el peligro de ir a mendigarlo del hombre, que cuenta con ejemplares en el género, nada escrupulosos en ofrecer protecciones criminales.

Estas Religiosas, aquí y ahí, remedian muchos casos; unos previniendo, otros reparando: siempre haciendo de la mujer, una esposa fiel y hacendosa, una religiosa modelo o por lo menos un ser útil a la sociedad y a la familia en la que va sembrando la piedad cristiana y el amor al prójimo, bases de la paz social.

Buenos Aires, 21 octubre 1925.

La Acción Social Católica en la Argentina

Desde las primeras crónicas, creo haber dicho, que en la Argentina hay mucho que aprender y poco que podamos enseñar los que venimos de fuera; y si lo pude decir refiriéndome a todo orden de cosas, claro está que también corresponde esta apreciación a la acción social católica.

Gracias a la amabilidad del Rdo. P. Gabriel Palau, cuyas atenciones me complazco en agradecer públicamente, tengo a mi disposición, por unos días, un libro interesantísimo: el núm. 46 del «Boletín del Departamento Nacional del Trabajo», correspondiente al mes de marzo de 1920 y que tiene el siguiente subtítulo «Acción Social Católica Obrera, por José Elías Niklison Inspector del Departamento Nacional del Trabajo»

El autor, protestante cuando escribió el libro, pero que murió en el seno de la Iglesia en brazos del P. Palau, hace una historia documentada, detallada y concienzuda de la labor de los católicos argentinos. Es una pena que no se reimprima esta obra ya agotada, porque ella será siempre el arsenal más completo y la fuente más imparcial y segura, para hacer la historia de la acción social católica argentina.

Divide la obra en dos partes, que llama «La Orientación» y «La Obra».

En la primera recorre las actas de todas las Asambleas y Congresos, exponiendo con claridad y método cuanto se ha hablado y acordado sobre los múltiples aspectos de la cuestión social; en la segunda hace desfilar todo el interesantísimo trabajo de los católicos sociales argentinos en el largo período comprendido en el estudio (2 de febrero de 1892, fecha en que se funda el primer Círculo de Obreros, hasta noviembre de 1919 en que aparece firmado este trabajo).

No es mi propósito hacer un extracto del

libro, entre otras razones porque le encuentro tan provechoso que me sentiría tentado a copiarlo mejor que a extractarle. Pero me creo obligado a dos cosas: a probar mi aserto de que en la Argentina se ha estudiado, organizado y trabajado mucho; y segundo a pagar, en ley de justicia, el tributo de admiración que se debe a quienes tan pródigamente han consagrado talento, actividades y dinero en la solución del problema social conforme a las doctrinas de la Iglesia; y no encuentro medio mejor de satisfacer estas dos obligaciones, que poner ante los ojos de mis lectores toda la hermosa labor de estos buenos argentinos; y para ello, por su imparcialidad y la copia de datos conque se documenta el autor, me servirá a maravilla el libro de que os vengo hablando.

Reseñando los organismos podremos venir en conocimiento más completo de la obra en su conjunto; y empezamos por los Círculos, porque aquí, como en el resto del mundo, fueron las primeras instituciones sociales, con la idea primordial de unir a pa-

tronos y obreros en un mismo local, para que el trato mutuo y la práctica de la doctrina de Jesucristo aproximara las clases cada día más distantes y el amor se impusiera al odio que ya venían sembrando los agitadores socialistas.

El R. P. Grote (Federico), Redentorista alemán, muy bien preparado para esta labor, por el lugar de su nacimiento, por su vocación y por el ambiente en que siempre le tocó vivir, después de una madura preparación, logró ver inaugurado el primer Círculo de Obreros en 2 de febrero de 1892 con unos cien socios inscritos, pero de los que siguieron cotizando solo unos sesenta.

Según cliché de todos los Estatutos de Círculos de Obreros, se constituía «con el fin de defender y promover el bienestar material y espiritual de la clase obrera, en marcada oposición a la funesta propaganda del socialismo y de la impiedad, que mediante promesas engañosas de efímera felicidad, llevan al obrero a la ruina temporal y eterna y acarrean a toda la sociedad ma-

les incalculables». Y como medios de acción tenían: el socorro mutuo, la enseñanza primaria y profesional, agencias gratuitas de trabajo, Cajas de Ahorro, Congresos obreros, etc.

Hasta aquí nada importante aparece, pues es fácil encontrar semejanzas en muchos Círculos de Europa; pero esta obra tan humilde, a los tres años ha salido de Buenos Aires y se ha extendido por gran parte de la República, y en 1912, último de los 20 años que estuviera al frente su fundador, contaba con 77 Círculos en los que estaban asociados 22.930 obreros, con 21 edificios propios y un capital de 1.070.000 pesos.

La primera característica de esta obra es que es una, es decir, que todos los Círculos están federados y una sola Junta Central de Gobierno tiene a su cargo la Institución; es pues una obra nacional que recoge y encauza los esfuerzos de todos los católicos sociales hacia un solo fin.

Algo semejante ocurrió en España en los días de la propoganda del inolvidable Padre

Vincent, cuya autoridad se impuso a todos, sin que llegara a cristalizar, por desgracia, en un organismo único, aunque algo se pretendió; pero aquí, como allí, según veremos, esa unidad pasó y tras ella vinieron esfuerzos aislados, titánicos si, valientes, de admirable orientación, pero condenados al fracaso víctimas de personalismos estériles, y más que estériles, asoladores.

Tanto se ha escrito y hablado contra los Círculos, que me complace detallar, aunque solo a manera de índice, la fecunda labor de estas instituciones en el largo período de su actuación.

«La vida interior y exterior de los Círculos, copio de la obra citada, durante ese período (1892 a 1912) fué de una actividad extraordinaria. Adquiría las más varias manifestaciones y en todas exteriorizábase con carácteres de inteligencia y seriedad, más que acentuados, sostenidos. Desdoblada en la enseñanza elemental y profesional de las escuelas y colegios fundados por doquier, en conferencias de propaganda social, en con-

troversias periodísticas, en mítines y congresos obreros, ella asumía proporciones nunca vistas en el país en un movimiento de la índole».

En 1898 se reunía en Buenos Aires el primer Congreso de Obreros Católicos convocado por los Círculos y en el que estuvieron representados 30 de éstos; el 1899 la Institución entregaba al Congreso Nacional un proyecto de ley sobre descanso dominical obligatorio; en 1901 reiteraba el pedido y adjuntaba un nuevo proyecto sobre reglamentación del trabajo de las mujeres y los niños. Esta petición fué apoyada por una manifestación pública de más de 15.000 socios obreros, mereciendo que se ocuparan con la debida extensión, de la importancia de este acto, toda la prensa amiga, indiferente y aún la enemiga.

Los Círculos publicaron periódicos sociales, valientes y muy difundidos. Solo en esta primera etapa de los Círculos que vemos reseñando, se publicaron sucesivamente «La defensa», «La voz del Obrero»,

«Democracia Cristiana», «El pueblo» y «El Trabajo», y esto sin contar los Boletines que cada Círculo tenía para dar cuenta de su vida interna y que reflejaban el espíritu y orientaciones de la Institución.

En junio de 1912 es nombrado Presidente de los Círculos de Obreros el Ingeniero Alejandro E. Bunge, y algunos meses más tarde es nombrado Director espiritual de la obra, en reemplazo del P. Grote, Monseñor Miguel de Andrea.

Empieza pues una nueva etapa para los Círculos de la Argentina. El Presidente, que conocía muy bien las necesidades del momento, preparó la evolución de los Círculos con una serie de conferencias celebradas en el Salón-Teatro del Círculo Central.

En ellas, después de estudiar los tiempos actuales y la labor de los enemigos, ponderando, como en justicia merecía serlo, la labor de los Círculos hasta aquella fecha, traza el programa que debe seguirse: «Había que multiplicar los Círculos existentes diseminados por el país, aunque estos se

contaran en los comienzos con un pequeño número de afiliados, ya que se les consideraría como simples bases de acción y propaganda sociales; entregar a los obreros genuinos el gobierno de una obra que de todas las maneras les pertenecía. «He notado, afirmaba al respecto, poco elemento netamente obrero en las comisiones directivas de los Círculos y es necesario no olvidar que si los Círculos son centros populares que tienen por misión la promoción y la defensa del bienestar del obrero, ellos pertenecen al obrero, y cada cual debe, en primer término, velar por sus intereses, porque á él le corresponde y porque será él quien mejor lo haga; debían avanzarse sin demora los primeros pasos en el sentido de la agremiación, procurando «la preparación intensiva de un reducido grupo de obreros que pudiera asumir la dirección de tales organizaciones, dirección que no podía estar confiada a personas ajenas al gremio»; establecer agencias modelos gratuitas de colocaciones; asegurar la práctica metódica y

uniforme del socorro mutuo; afirmar y robustecer por todos los medios la tendencia nacionalista perseguida desde que surgiera la primera unidad de la obra; desarrollar aún más, bajo planes modernos, la enseñanza profesional, y por último, impulsar la fundación de centros de estudios, bibliotecas y salas de lectura que preparan el terreno para la Universidad popular en proyecto».

En los métodos de propaganda tampoco regatearon medios y no solo el periódico que repartían gratis, sino hojas de todas formas, entre las cuales merecen especial mención las que llamaban Cartas-Circulares que tenían por misión ilustrar a los socios sobre una sola cosa y brevemente, con sencillez y claridad, daban, primero la doctrina y después la parte dispositiva o manera práctica de ejecutarlo. Los asuntos también eran prácticos y de interés, por ejemplo: Agremiación profesional-Agencias de colocaciones-Fiestas patrióticas, etc.

También en esta etapa se registraron

grandes manifestaciones obreras católicas. Con un número aproximado al que alcanzó la citada anteriormente (unos 15.000 obreros) se llevó a efecto la del 12 de octubre de 1912 y «tuvo por objeto, además del que supone su propio carácter, en aquellos días en que todas las fuerzas organizadas hacían tales alardes ante los poderes públicos, el de solicitar la discusión y pronto despacho de ciertos proyectos de leyes obreras que estaban a estudio de la Cámara de Diputados, tales como los de protección del salario, responsabilidad en los accidentes del trabajo, represión del alcoholismo, jubilación de empleados ferroviarios, casas para obreros, reglamentación del trabajo a domicilio, protección al ahorro en las ventas de inmuebles por mensualidades; y reclamar, también, una legislación de amparo a los gremios profesionales, de protección al inmigrante y al agricultor, etc.»

Además, los Círculos han estado siempre a la brecha, dejándose influenciar más o menos por las propagandas de «Liga Demo-

crática Cristiana», «Liga Social Argentina», «Unión Democrática Cristiana», y «Unión Popular Católica Argentina.»

De su seno salió la Federación de Propaganda que llevó a las calles y plazas la lucha de la tribuna pública, cuando la «Liga Democrática Cristiana», que la había iniciado, dejó de existir.

Respondió a la organización profesional, llegando a formar una Confederación en la que estaban comprendidos seis Sindicatos.

Muy largo me voy haciendo, aunque sé que ha de satisfacer a los entusiastas socios del nuestro, el que les dé tal importancia; pero no puedo menos de hacer notar la importancia del Memorial sobre legislación obrera, presentado a las Cámaras el 14 de mayo de 1919, en el que, por lo completo y bien razonado, dieron una prueba palmaria de su preparación a la vez que confimaban las otras seis memorias presentadas en años anteriores.

Tampoco puedo callar que a los Círculos se debe la celebración de seis Congresos,

todos ellos, verdaderos torneos en los que cada ponencia era una pieza acabada de oratoria y de erudición; de los que salieron, al fin, grandes obras como lo demuestra la vitalidad que he reseñado brevísimamente.

Actualmente ha sucedido en la Argentina y por causas muy semejantes, lo que en Europa en general; los Círculos de Obreros ya no son más que centros de recreo y sociedades de socorros mutuos, sin apenas influencia social, apesar del número de los socios afiliados.

Y es una pena, porque creo que la inmensa mayoría de los que figuran en las listas de los Círculos son buenísimos elementos para la lucha social. Lo que hace falta es ver la manera de que ellos actuen con gusto en una obra que es exclusivamente suya, que vean el resultado bueno de la lucha, que, en una palabra se entusiasmen por la acción social católica.

¿Qué se precisa para esto? yo no soy maestro ni tengo títulos para enseñar a nadie. Quien se crea en la obligación de

orientar a las masas, que se ponga en presencia de Dios, le pida luces y acierto y seguramente se llegará al resultado apetecido; a que esas masas, que son en el corazón buenos cristianos, no estén (obligados, engañados o como sea, pero que ahora están) en brazos de los enemigos de la fe y de su mismo bienestar, sino que sigan siendo los hijos predilectos de la Iglesia.

Buenos Aires, 7 noviembre 1925.

Liga Democrática Cristiana

Aunque hoy ya no existe este organismo, me ha parecido oportuno reseñar su historia, aunque con la brevedad que supone un artículo, porque seguramente nos serviran de enseñanza, no solo sus triunfos, sino hasta los motivos de su disolución.

La fundó también el P. Grote, que, como recordarán los lectores, lo fué primero de los Círculos; y precisamente en medio de la labor inmensa que sobre sí tenia para atender a una Institución cuya importancia ponderábamos justamente en la crónica pasada.

El estímulo para la fundación de la Liga, fué el aprovechar en la acción social los valores que tiene la juventud: queria colocar a los jóvenes en la vanguardia de la acción social católica «La formación, dice el Doctor Níklison, de una brigada de jóvenes expertos y entusiastas que defendieran entre la masa trabajadora, en el seno del

pueblo, los principios sociales cristianos en contraposición a las ideas disolventes inoculadas por los agitadores anarquistas, se impuso a su mente, dedicándose con verdadero ahinco a formarla, disciplinarla para la acción.

Ya en 6 de junio de 1897 funda con este fin el «Círculo Universitario Antisocialista» de programa no muy definido pero con elementos entusiastas y llenos de ardor; en 1899 dá una serie de conferencias económico- sociales a estudiantes universitarios, secundarios y normalistas; y por fin el 13 de abril del mismo año queda fundada la «Liga Democrática Cristiana».

La bases definitivas contienen la declaración de fines y medios que voy a copiar:

«Desarrollar y organizar una vigorosa acción social a favor del pueblo, especialmente del estado obrero, sobre la base de los principios sociales cristianos». Y con la expresa declaración de no excluír otros tendentes al mismo fin, se determinan los siguientes medios:

1.° El estudio de las ciencias sociales mediante conferencias y discusiones, publicaciones, bibliotecas, cátedras.

2.° Organización de los obreros en gremios profesionales.

3.° Defensa de los derechos de los obreros, mediante una sabia legislación obrera.

4.° Fomento de las Cooperativas de consumo, de las Asociaciones de Socorros Mutuos, especialmente de los Círculos de Obreros, y de Secretariados del pueblo; y

5.° Confederación de todas las instituciones católicas para una acción conjunta en el porvenir.

A continuación de lo anterior se agregaba «Como norma de conducta y base firme de propaganda, organización, programa y táctica de la Liga Democrática Cristiana, reconocemos las encíclicas RERUM NOVARUM, GRAVES DE COMUNI y las intrucciones de la Sagrada Congregación de los Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios, NESSUNO IGNORA».

El programa que es muy hermoso (le

mando aparte y dejo a la discrección de los señores Directores de la Casa la oportanidad de su publicación, porque yo le encuentro largo para incluirle en un artículo) se publicaba íntegro en todos los números del periódico de la Liga «Democracia Cristiana» y en la Revista «Justicia Social» que sucedió a aquél: o sea desde agosto de 1902 a noviembre de 1907. Cito el hecho porque le encuentro muy práctico, tanto para recordar siempre a los que escribían el periódico su misión y el caracter especial que debia tener, como para sostener el entusiasmo de los socios ante el programa que les arrastró por su bondad y justicia, a las filas de la acción social católica.

Poco tiempo fué preciso para que este movimiento tan simpático y popular se extendiera por toda la ciudad y en 1902 al renovarse las autoridades del Directorio pudo comprobarse la existencia de nutridos «Cómités Parroquiales», «Grupos Democráticos» o «Círculos» como indistintamente se les llamaba, en la Boca, Palermo, Pilar,

Santa Lucía, Concepción, San Cristóbal, Balvanera, San Telmo, Monserrat y S. Carlos. Funcionaba además una «Comisión de Agricultura» la que tenía por cometido el estudio de las reformas que había de auspiciar la Liga para mejorar las condiciones de los trabajadores del campo».

Siento en el alma no poder copiar al pie de la letra los párrafos que el Doctor Níklison dedica a la propaganda de la Liga que son alentadores y de gran ejemplaridad; pero veré de indicar concisamente alguna de sus particularidades.

En primer lugar, los demócraticos cristianos fueron al pueblo y le hablaron su lenguaje. Le buscaron en fábricas, en talleres, en los sitios donde se reunían para divertirse, en los que acudían para celebrar mítines o conferencias, allí donde hubiera una reunión de obreros allí aparecían ellos, no como meros espectadores sino como actuantes, con toda decisión y valentía. En las conversaciones particulares, hablaban como ellos, empleaban sus frases y sus giros, sus tonos y

maneras; todo lo cual, más el ascendiente de una mayor ciencia y facilidad para tratar las cuestiones, hacia que pronto se hicieran dueños de la situación y les arrastraran a su campo. De la misma manera les llamaban a sus centros y los enemigos acudían; en todos los anuncios de conferencias del «Instituto Popular» terminaba el programa diciendo que se permitiria después de la Conferencia la discusión sobre ella a quien quisiera impugnarla, y desde luego las puertas estaban abiertas para todo el mundo. Las discusiones por lo general, se elevaron a los límites de la más extrema cortesía, lo que da idea de la cultura de unos y otros. «Un detalle interesante, dice el citado autor, del Instituto Popular: los dueños de la casa, se cuidaban más de asegurar el respeto hacia los adversarios, que el propio. En las sesiones del 3 y 10 de junio de 1907; atacado por los ácratas el socialista Pérez Arce, los demócratas le defendieron creándole una situación cómoda a fin de que continuara en la crítica de las ideas y de la acción de los

católicos sociales. Y la expresada no es sino una de las muchas notas simpáticas del Instituto Popular.»

Como en todas partes (aunque no en el grado que pudimos apreciar en Valladolid aquella memorable sesión, en la que los socialistas no encontraron argumento más convincente contra la doctrina que se había de exponer, que no consentir que se hablara) alguna vez apelaron al tumulto los contrarios cuando se vieron envueltos por la luz de la verdad, aunque las más de las veces, fueron, como se dice arriba, fogonazos de la lucha entre socialistas y anarquistas; en tales ocasiones, sabian los demócratas responder en el mismo tono, lo que quiere decir, que también eran valientes.

En cambio, los más prestigiosos adversarios, reconocian que allí «se trataban las cuestiones sociales y obreras, más á fondo y con mayor seriedad» y los que encabezaban el movimiento social obrero de los otros sectores, principalmente del anarquista, vencidos en ciertas ocasiones por los orado-

res demócratas, admitieron la derrota y tributaron aplausos al vencedor.

La controversia se llevó igualmente al periódico. «Los que actuaron en el movimiento obrero de aquellos años no han olvidado las interesantísimas controversias entre demócratas y socialistas realizadas en los teatros «Iris» y «Libertad» como asímismo la polémica desarrollada entre «La Vanguardia» órgano oficial del Partido Socialista y la «Democracia Cristiana», interrumpida por el inesperado silencio de la primera, el 5 de Julio de 1903».

Claro está que tal lucha no podia sostenerse por elementos jóvenes sin un centro de formación; y persuadidos de esta necesidad los Sacerdotes Directores y Colaboradores en la obra, dieron varios cursos en la Academia de Ciencias Sociales y después en el tantas veces citado «Instituto Popular».

Todas estas Conferencias eran muy preparadas y valiosísimas y todo ello dió resultados prácticos y eficaces inmediatos, particularmente en la educación e instrucción de

sus miembros y en la propaganda social; pero la obra adoleció de «falta de dirección regular y de un plan firme y severo».

Por otra parte, la perjudicaba un frente tan extenso con un numero limitado de combatientes, lo que necesariamente habia de restar energía a los ataques y estabilidad a las conquistas.

También (y ¿como no?, que dicen aquí) cayó la obra por la incuria y solapada hostilidad de los que estando en el deber de orientarla y dirigirla saludablemente, la dejaron abandonada a si misma, a la inexperiencia de su juveniles entusiasmos.

En su haber se cuenta el haber impulsado la formación de Sindicatos o Gremios. No fueron muchos; el más importante por el número y por su actuación fue el de «Sociedad Argentina de Obreros del Puerto» que llegó a reunir 2.400 obreros que cotizaban mensualmente un peso. La historia de este sindicato es brillantísima y limpia como actuación profesional, libre de toda ingerencia extraña y defensora de los intereses de

los obreros, contra la ambición de los de arriba, igual que contra la tiranía de los agitadores y vividores revolucionarios; como se probó en las huelgas de 1903 a la que se opusieron y la de 1905 que sostuvieron y perdieron honrosamente por haber faltado a su deber la agrupación socialista, a la que circunstancialmente iba unida.

También trabajó por la fundación de cooperativas, conforme figuraba en sus bases, pero de aquellos esfuerzos solo resta la Cooperativa de los «Carboneros Unidos».

De su periódico «Democracia Cristiana» y revista «Justicia Social» ya hemos hecho mención. Correspondiendo al espíritu que animaba a la Liga solo hemos de añadir que «estaban bien escritos, por lo general ágiles, valientes e incisivos casi siempre; siguieron al adversario a todos los terrenos en que se colocaba y libró con él reñidas batallas; llegó a tirar más de 30.000 ejemplares.

En los periódicos se reseñaba todo el movimiento social, no solo católico, sino de los adversarios; así resultó que «la crónica

más extensa y mejor hecha del «Congreso de Unificación Obrera» convocado por la Unión General de Trabajadores (socialista) y la Federación Obrera Regional Argentina (anarquista) reunido en Buenos Aires los días 28, 29, 30 y 31 de marzo y 1 de abril de 1907, la registró «Justicia Social».

Y ni que decir tiene que en ellos aparecían integras las mejores conferencias dadas por los Presbíteros Pont Llodrá y Franceschi en el «Instituto Popular».

En folletos de fácil y agradable lectura editó y difundió una serie muy apreciable, entre los cuales merecen citarse «La verdadera Democracia» La magistral explicación histórica del movimiento democrático cristiano y exposición doctrinal de sus ideales del profesor Teniolo; «El socialismo» por el P. Federico Grote; «Ketteler y la organización social en Alemania», por Alfonso Kauniengeisser; «El Descanso dominical», por Santiago G. O'Farrell; «La Democracia Cristiana» (encíclica de León XIII); «El Descanso Dominical», por Angel M. Ca-

purro; «La cuestión Social», por Ernesto Quesada; «El Divorcio en la Argentina», por Francisco Durá, y otros. Estos folletos que empezaron a circular en los primeros meses de la Liga, se vendían a un precio mínimo, inferior a veces al costo.

Por último, celebró el 8 de enero de 1905 un Congreso de los Círculos de estudio sociales de la Liga Democrática Cristiana, a la sombra del Santuario Nacional, cuyas resoluciones, si no se publican al pie de este artículo, conservaré por si algo puedo en ellas aprender.

Con esto queda dicho parte de la valiosa labor de la Liga, cuya lucha recuerdan con cariño cuantos participaron de alguna manera en ellas, añorando días semejantes que seguramente lo serían de gloria para la doctrina social cristiana y de provecho para la causa obrera. En cuanto a nosotros, sírvanos la lección de estímulo y aliento y aprendamos en su desaparición a proceder con el tino y prudencia que obras tan delicadas y trascendentales exigen.

No es que la muerte de estas obras lleve aparejada la de la Iglesia; pero el ser hijos de esta Madre nos obliga a sostener, a fomentar, a elevar instituciones que tanto contribuyen a la difusión de la doctrina de Cristo y a la salvación de las almas. Un buen cristiano no puede ver indiferente, y tiene responsabilidad grande si no lo evita, que sus hermanos los obreros, sean arrastrados por quienes les engañan y les presentan la Fe de Cristo como enemiga de su bienestar.

Buenos Aires, 11 noviembre 1925.

Unión Democrática Cristiana

Breve fué la vida de esta Institución: de 1911 a 1919, pero creo que merece la pena dar cuenta de ella, porque todo enseña, como veremos.

Por el nombre, por su programa y hasta por los métodos de propaganda se ve que es una continuación de la «Liga Democrática Cristiana», de la que me ocupé en mi crónica anterior.

Para una noticia de conjunto de la acción social católica en la Argentina, no ofrece muchas notas que merezcan ser registradas; sin embargo diré lo más saliente de su actuación, en cuanto pueda servirnos a nosotros de enseñanza·

Se formó con los elementos de la extinguida Liga y de sus Círculos de Estudios Sociales. Aunque dirigida por un intelectual, el doctor Héctor Lafaille, sus fundado-

res y principales propagandistas eran obreros manuales que ya se habían distinguido en la antigua Liga.

Apesar de haber visto y estudiado en la vida próspera y fecunda de aquella, métodos y principios, doctrina y organización, se notó desde el primer momento, falta de firmeza, así en sus orientaciones como en su acción.

Actuó, pues, con inseguridad y por consiguiente sin eficacia, así en el campo social como en el político, malogrando lastimosamente el caudal de energías y de entusiasmos representado por la juventud que en ella militaba,

Algo debió influír la vacilación con que desde un principio se movieron los directores, respecto a la sumisión a la autoridad eclesiástica. Primero declaran prescindir de «la curia eclesiástica», aparecen con el título solo de «Unión Democrática», y después agregan el de «Cristiana»; esto les pone en el caso de sostener polémicas, no ya solamente contra los enemigos del programa

cristiano, sino con los que en el campo católico recelaban de una institución que se avergonzaba de llamarse cristiana.

Por fin en el primer Cougreso que celebraron en Buenos Aires los días 11, 13 y 14 de diciembre de 1913, aparece el programa completo casi calcado en el de la Liga, y ya en los últimos meses vemos mezclados en la polémica hablada y escrita a varios sacerdotes y seglares.

Aunque la doctrina no tuviera punto flaco que mereciera la censura de la Iglesia, sobre todo considerada en su programa tal como salió de su primer Congreso, algunos excesos en la propaganda y la falta de sumisión a la autoridad eclesiástica, obligaron al Excmo. Sr. Arzobispo de Buenos Aires a dictar un auto fecha 10 de abril de 1919, que dió por resultado la disolución de la «Unión Democrática Cristiana».

Prueba de que las apuntadas fueron las razones que movieron a la autoridod eclesiástica, es que nos encontramos al Centro de Rosario de Santa Fe, aprobado por

el Excmo. Sr. Obispo Juan Bautista Boneo, como obra diocesana el 22 de junio de 1918 por medio de un notable documento.

La nota quizás más saliente de la «Unión Democrática Cristiana» es su intervención en la política. Sus propósitos están muy bien expresados en esta resolución, que es la primera del ya citado Congreso:

«1.° La U. D. C. es ante todo una institución social que se propone el levantamiento moral y económico de la clase obrera, la pacificación entre el capital y el trabajo haciendo suya la doctrina general, cuya aplicación a las cuestiones sociales, se sostiene en las Encíclicas «Rerum Novarum» y «Graves de Comuni. Solo secundariamente es un partido político. Para ella la política no puede ser nunca un fin, pero los comicios son el medio definitivo de que se valdrá para la implantación de las reformas legales que propicia.»

Pero esto que se encuentra aquí bellamente expresado, primero suscitó dudas y suspicacias sobre el verdadero fin de la

Unión, y sobre todo fué causa más o menos influyente para su descrédito y ruina.

Antes de esta declaración se habían presentado ya candidatos demócratas a los comicios en marzo de 1913 y obtuvieron 626 votos. Después vuelven a presentarse coaligados con el Partido constitucional y con un candidato propio a la elección nacional de 22 de marzo de 1914, en la que tuvieron 538 sufragios.

Celebró tres Congresos: los dos primeros en Buenos Aires, en diciembre de 1913 y mayo de 1916, y el último en Rosario de Santa Fe, en Julio de 1917.

Publicó primero «El Demócrata» en forma de periódico semanal por espacio de un año y después «Acción Democrática» como revista quincenal.

El Centro de Rosario de Santa Fe también tuvo su periódico «El Demócrata» justamente alabado por «haber constituído uno de los mejores exponentes de cultura de la prensa nacional de su tendencia.»

Y con esto queda reseñada la vida efíme-

ra de esta institución que en su haber no cuenta más que un buen deseo, un afán legítimo de mejora; pero en cambio, en su debe encontramos dos notas que para nosotros han de ser por lo menos, motivo de seria reflexión. Es la una el recelo para someterse a la autoridad eclesiástica, ¡qué frecuente es el fracaso y la esterilidad de las obras católicas cuando falta el espíritu de sumisión a la autoridad! Aquello de «Con los Obispos todo, sin los Obispos poco, contra los Obispos nada», mas que regla de conducta, me parece profecía del fruto en relación con la disciplina.

La otra nota es la intervención en la política. Cierto que las leyes obreras necesitan colaboración obrera, no solo al estudiarlas y aprobarlas, sino en su aplicación y cumplimiento; ciértísimo que el obrero está interesado en la inmensa mayoría de los asuntos que se ventilan en los Concejos y en las Cámaras; pero, ¿está preparada la masa para llevar su representación a uno y otro lugar? ¿Es fácil elegir hombres suficientemente ca-

pacitados y preparados para hacer una buena labor? Y ciñéndonos a los católicos sociales, ¿es fácil tomar las medidas para no dejar caer en un partido político más, nuestras obras sociales? ¿Se estudia bien el momento y el modo, se hace la preparación necesaria, se dispone de masa que vote nuestros candidatos? ¿Se ha educado a los obreros para hacerles ver la importancia del voto y lo que significa este derecho, para que pueda ejercitarlo con la dignidad y elevación que supone, el sacrificio de toda otra clase de compromisos ante el deber de clase organizada? Estos fracasos de la Argentina, donde se ha podido lanzar a la calle formaciones de más de 15.000 obreros católicos, y solo se han obtenido 538 votos una vez y 636 otra, nos deben prevenir para calcular bien y pulsar el cuerpo electoral y los medios con que contamos, antes de dar un paso que puede traernos el descrédito.

LIGA SOCIAL ARGENTINA

Bien merecía crónica aparte esta Institución que en los diez años de su vida puede presentar un balance hermoso, lleno de trabajos y labores que acreditan el buen espíritu que la informaba y la competencia y constancia de quienes la dirigían.

Adelantemos que su disolución fué debida al acuerdo del Episcopado argentino de fundar la «Acción Popular Católica Argentina», en el año 1919.

El fundador de esta Liga fué el doctor Emilio Lamarca, uno de los hombres más prestigiosos, cultos y laboriosos del catolicismo argentino, una verdadera gloria nacional,

La «Liga Social Argentina» fué propuesta al III Congreso de los Católicos Argentinos, celebrado en Córdoba, y es el Volksverein alemán, «en cuanto fuere posible y se adaptare a las condiciones del país»,

Para los que hemos vivido los tiempos de

la «Acción Social Popular» que el meritísimo P. Gabriel Palau fundara en Barcelona, nos es fácil hacernos cargo de la actividad y eficacia que tal organismo lleva tras de sí. Por ser muy conocida dicha Acción Social Popular, me creo dispensado de dar cuenta de las finalidades, del espíritu, carácter y organización de ésta obra.

Pero bien merece ser ponderada la labor; y esto, mejor que yo, lo harán los números.

Entre las seis secciones de que se componía y eran: Dirección, Secretaría, Administración, Biblioteca, Cajas Rurales y «Semana Social», prestó los siguientes servicios; 49.860 visitas y consultas, 17.425 gestiones y procura de trabajo, 1.504 giras de propaganda, 25.989 cartas y 10.087 artículos de periódicos.

El número de socios llegó a 5.763.

Fundó cinco Centros Regionales y 184 Centros de Sección.

La acción de la Liga Social Argentina, si apreciable por su extensión, lo es más aún por su índole y carácter. Ella se afanó en

preparar las actividades de los católicos del país en el campo social, encaminando todos sus pasos hacia la disciplina y concentración de las fuerzas dispersas antes de su establecimiento.

«A su iniciativa, vemos confirmado en un autor, han surgido las Cajas Rurales, que facilitarán la solución del grave problema agrario que tanto preocupa a la República; y el Sindicato de las mismas (nosotros llamaríamos a este organismo Caja Central) encargado de sus funciones comerciales. Con sus conferencias y centros de estudio ha despertado el interéss por los problemas sociales. Con su revista ha difundido la doctrina y el ejemplo de los grandes maestros de la acción católica social.»

Ya hemos dicho qué cantidad de jiras de propaganda registra en sus archivos, digamos también que el número de conferencias pronunciadas ha sido superior a 4.000.

De la propaganda escrita también aparece en el cuadro que dimos antes, cuán fecunda ha sido su labor, y ha consistido: en

editar una Biblioteca Popular en fascículos mensuales; publicación de la «Hoja Social» y la «Semana Social», de carácter periodístico, mensual la primera, hebdomadaria la segunda, transformada después en revista que se difundía en los pueblos y colonias del país; ha publicado también varios folletos sobre asuntos sociales, de índole instructiva, numerosas hojas volantes, e hizo algunos trabajos para fundar una revista internacional de acción social.

Reducido a cifras todo este trabajo de propaganda escrita resulta que la Liga lanzó a la curiosidad de los unos, a la enseñanza de los otros y a la utilidad de la idea 1.639.750 ejemplares de todas sus publicaciones.

La biblioteca, que pasó a la Liga Económica Social cuando se disolvió la Liga Social Argentina, tiene alrededor de 8.000 volúmenes, catalogados por materias y autores.

Una de las actividades más importantes de la Liga fué la fundación de las Cajas Rurales tipo Raiffeisen.

También fundó a mediados de 1908 una Escuela de Contadores para las Cajas Rurales de la la cual salieron algunos alumnos aprobados y ya colocados.

El balance último da un movimiento en la cuenta de entradas y salidas de $ 86.619,19 pesos m|n.

Es, pues, como decía antes, muy hermosa labor, tal como aparece por la elocuencia de los números.

Y pensando en lo que aquí ha sido la Liga Social Argentina y lo que han hecho y hacen en todas partes las Instituciones que, como esta, se asemejan al Volksverein alemán, es cosa de pensar bien en los motivos de su eficacia y trabajar para que en cada nación funcione un organismo orientador, propulsor, que forme hombres y estudie cuestiones, que organice propagandas y prepare leyes, que sea, en una palabra, cabeza que dirija todo el movimiento social nacional, con unidad de pensamiento y aun de disciplina sin perjudicar la autonomía de cada obra, pero que la libre de per-

sonalismos, empirismos y otra porción de ismos, donde suelen estrellarse las obras de los que más saben y se pasan la vida midiéndose con los otros y queriendo convencer al género humano de que el otro no es más alto que él ni un milímetro (cosa que al mundo le tiene perfectamente sin cuidado).

Buenos Aires, 18 noviembre 1925.

Más sobre la Caja Dotal

En las páginas ilustradas de «La Prensa», correspondientes al domingo último (15 de noviembre) aparecen una cuantas fotografías (mejor, rotograbados) de los restaurants de la Caja Dotal.

Esto me recuerda el deber moral que tengo de completar, como lo prometí, la información sobre esta institución, una de las más hermosas y simpáticas que he visto en la Argentina, donde ya ireis notando que no faltan ánimos y aun ingenio para acudir dondequiera que la caridad reclame el concurso de los buenos.

Empezaremos por las visitas que hemos hecho a las obras.

Con el tantas veces citado P. Masferrer, alma de todas estas instituciones y fundador, entre otras, de la Caja Dotal para Obreras, visité los dos restaurants que a la fecha funcionan.

Están ubicados, como aquí dicen, en dos calles de las más céntricas: Esmeralda y San Martín.

La idea no puede ser más hermosa: en esta inmensa ciudad, con distancias que ya he dicho en otras crónicas y con el inconveniente citado en ellas, de pérdida de tiempo para ir a la casa en las horas de las comidas, se multiplican las dificultades y peligros para las pobres jóvenes obreras o empleadas que acuden al centro de la población en busca de trabajo honrado, conque hacer frente a la enorme carestía de de esta vida. La solución pues, era disponer de una casa de plenísima confianza, donde pudieran encontrar comida buena y económica, compañía sana y correspondiente a su condición y honesto esparcimiento en el rato que las resta de libertad.

Y eso son los restaurants de la Caja Dotal. Las dos casas en que se encuentran instaladas, son, bien ventiladas, confortables, hasta lujosas, particularmente la de la calle Esmeralda, que tiene todo el aspecto de una

gran casa, con su rica alfombra en la escalera, espacioso y bien amueblado hall. Las dos tienen lindos comedores, una Biblioteca bien surtida de sanos y amenos libros, sala de piano (donde también bailan) y hasta aparato de radio. De lo que serán estas casas dará idea la renta que pagan: 1,600 pesos mensuales (en pesetas, en 5,200, en números redondos) y esto la más modesta, que es la que yo me acuerdo.

Cuando yo las visité no era hora de la comida, pero ya estaban preparadas las mesas, limpísimas y con un servicio modesto pero digno de cualquier familia de la clase media, en mesitas pequeñas donde se agrupan las más íntimas.

Aunque no nos lo hubieran dicho, es fácil imaginarse la algazara, la alegría y el encanto de aquellas dos horas en que más de cien jóvenes, en la plenitud de la vida, hablan, leen, ríen, cantan, bailan, escuchan los conciertos de la radio, olvidando por un momento, las asperezas del vivir en plena lucha.

La comida se compone de tres platos, postre y café y les cuesta: a las de la calle de Esmeralda un peso y a las de la calle de San Martin 0'50 centavos. Ni que decir tiene que esta última tiene más clientela, aunque aquella también ha de servir la comida en varios turnos.

Hay también, en las dos casas un pensionado modestísimo, cuarenta pesos mensuales en la calle Esmeralda y 70 en la de San Martín: con lo que las jóvenes sin familia, tienen casa y comida. La habitaciones de esta clase de pensiones siempre están llenas.

Hasta que extremo es hermosa esta obra y las miserias morales y materiales que evita, lo prueba que hay jóvenes de las que asisten asiduamente, que a veces no comen más que cada venticuatro horas, cuando van al restaurant, como se lo confiesan a la Administradora, a quien, dicho sea en su alabanza, tratan todas con una familiaridad y cariño, que prueba bien, como ella se conduce con sus clientas.

Claro está que a pesar de la vigilancia de la Junta por medio de las Señoras, que tienen el cargo de Inspectores y de la moralidad y competencia de las dos Aministradoras, algunos años, o porque son precisas obras extraordinarias o por los mil incidentes de la economía doméstica, aparecen los saldos con déficit; pero... ahí está la caridad para saldar estos déficits.

Una de las fiestas que con este fin organiza la Caja Dotal es la exposición de flores. También tuve ocasió de visitarla, instalada en el Pabellón de las flores de Jokey-Club.

Allí nos recibieron varias señoras de la Junta, entre ellas la presidenta María Unzué de Alvear, hermana política del Presidente de la República, que estaban luchando con fichas, números, papeles y flores, dirigiendo y haciendo a la vez.

Soy muy poco entendido en flores y por eso no tengo la pretensión de describir esta maravillosa exposición a la que concurren la mayor parte de las casas que se dedican a este negocio (aquí es negocio muy impor-

tante; hay casas que, además de soberbias instalaciones en los sitios más céntricos, tienen automóviles estufas con grandes cristales biselados, para llevar las flores a sus clientes) también acuden particulares.

Me llamaron la atención muchas instalaciones y flores lindísimas; pero en particular un patio andaluz primoroso con una enormidad de claveles, geranios, etc., fuentes de azulejos y resto del decorado que trasladaba a los más pintorescos y típicos que visité en Málaga, Sevilla, y Cádiz: y por lo original, un rincón japonés que yo no he visto nunca; la particularidad consiste en que los japoneses han logrado cultivar hasta árboles en bandejas, así como suena; los árboles son perfectísimos, pero enanos; dan una sensación especial, la misma que ver a un hombre enano pero bien proporcionado; las plantas están frescas y lozanas, a pesar de lo cual parecen artificiales, como si fueran una miniatura para un Gabinete de Historia Natural.

Visitamos después la «Tienda», como ellas la llaman y que es una colección de

objetos, cuadros, vajillas, petacas, etc., etc., en vitrinas y mesas, colocadas con muchísimo gusto y marcadas con los precios de venta; bueno eso de los precios de venta es un eufemismo, porque sobre la carestía de todo en esta ciudad, agregue usted, el renglón para la caridad y no quiera usted saber lo que cuesta un plato. Se me ocurrió mirar el precio de algunas cosas modestísimas con la idea de tomar algún recuerdo y tuve que volver la cara inmediatamente ¡ni en un año economizo yo en la Argentina para llevar un recuerdo a la criada! Era el tercer día cuando la visitamos nosotros y ya tenían muchos objetos el letrerito «vendido».

En algunas horas, durante los días de la exposición, se hace música, se toma el té, etcétera, etcétera, y a esas horas la entrada es un lleno y el gasto que se hace, de consideración.

Después de lo que supone de gasto todo este aparato de personal, música, servicios de todo género, alquileres y hasta los diplomas a los expositores, en una cuenta que

tengo a la vista, aparece un beneficio de pesos 2.403.

Pero no son solo los expresados, los beneficios que hace la Caja Dotal a sus socias. Ya les hablé en otra, de lo que es el fin principal y responde a su nombre, el ahorro (también les hablé de la instrucción) digamos hoy, con relación a aquel que si bien el interés es del 6 por 100 anual, después de un año de socias, tienen derecho en concepto de prima, a un peso por cada cinco que depositen en el año, hasta sesenta pesos y siempre que no haya reintegros durante el mismo, resultando que prácticamente hasta la fecha se las ha liquidado con un 37 por 100 anual.

Tienen además tres Consultorios Médicos, uno de Oculista y tres de Dentistas, gratuítos todos; Consultorio Jurídico también gratuíto, y dos Farmacias en las que se hacen grandes descuentos a las socias que presentan el carnet de la Caja Dotal.

Como en muchas instituciones de esta ciudad, tiene también un pateón propio en

el Cementerio del Oeste, exclusivamente para las socias.

Y como institución hija de la Caridad de Cristo tienen el Oratorio de San Ambrosio en el que todos los domingos hay Misa y Comunión.

¿Más? pues sí, señores. Tienen sus fiestas gratis; pero fiestas que son reglamentarias; que unas veces es un paseo campestre a la casa de la señora Presidenta en Martínez; un paseíto al que concurrieron más de 2.000 obreras y costó 2.405 pesos, de los que, modestamente, sin ruído, pagó la mitad la misma Presidenta; otras veces es una peregrinación a Luján, el Santuario Nacional y en el que se pasan el día completo. Algunos años, por ser ya tanto el número de socias (5.660 entre los 10 Centros) ha celebrado cada uno de estos su fiesta, que no hay por qué detallar.

Me olvidaba de algo muy simpático también; las colonias de vacaciones. Estas son lo que en todas partes, fuente de salud y alegría. Para estas excusiones las obligan a

contribuír a ellas, con poquísimo, desde luego, como se ve por los déficits que ocasiona y que enjuzgan las de siempre, pero algo, para que así lo aprecien mejor por el esfuerzo que supone y como estímulo para el ahorro durante el año. Las que fueron a Tandil pagaron 25 pesos por un mes y las que lo hicieron a Quilmes 10 pesos por 20 días, que a juzgar por los números que os he citado ya en estas crónicas, echareis de ver, que son irrisorias.

¿Pero merecía la pena de una crónica más y tanto espacio la Caja Dotal? Bien mirado, de casi todas estas cosas podemos nosotros también presentar modelos ¿por qué, pues, me he detenido y detallado tanto? Tarde me ocurren estas reflexiones; pero confieso que siento una verdadera complacencia, una especie de delectación en contar y recontar estos deliciosos frutos de la caridad cristiana, ya que la vida da, con arta más frecuencia, ocasión de soportar los latigazos del egoísmo materialista de la época.

Buenos Aires, 20 noviembre 1925.

Un viaje al Uruguay

No es una lección de geografía ni de historia de esta República lo que me propongo hacer; es sencillamente la relación del viaje que acabo de hacer con el único objeto de visitar y pasar unos días con el amigo don Victorino.

Estaba ya en el programa el tal viaje y un buen día, despues de enterarme bien del lugar, casa y demás en que había de sacar el pasaje, me presenté en la consignataria de los barcos que todos los días salen de Buenos Aires para amanecer en Montevideo.

¿Creereis, que por haber viajado tanto, no encontraría ninguna dificultad y todo sería liso y llano? Pues no señor: concedo que teneis derecho a reiros de mi torpeza (yo también lo hago, porque me he empeñado en tomar las cosas a chunga) pero es lo cier-

to que me ví como el pobre emigrante que por primera vez sale de su humilde pueblo y se embarca para América,

El pasaporte de España, aun visado por los Cónsules de la Argentina y del Uruguay, no me servía para despacharme pasaje de ida y vuelta; me dieron cambiada la fecha del pasaje, obligándome a dar vueltas para lograr el día que yo podía ir; al pagar, daba billetes de cinco pesos en lugar de los de uno (falta de costumbre de manejar dinero); en el trayecto al muelle para embarcar, nos engañaron y gracias a un tranvía oportunísimo, no tuvimos que recorrer a pie no sé cuantos kilómetros; al desembarcar en Montevideo dí con mis huesos en un coche de la época de nuestra dominación (y no porque no haya automóviles en abundancia) que me llevaba dando tumbos (con toda verdad), pero me pasea por toda la ciudad, porque, ¡cocheros y no sabían donde estaba el Colegio de los Jesuítas!, en cambio sabían muy bien cobrar hasta la paciencia que me hicieron gastar en tantas idas y venidas;

en el cambio de moneda, acompañado y todo, también me engañaron, etc., etc, ¡Conste, pues, que soy un hacha para eso de viajar y tratar con dependientes, camareros y cocheros!

Ello es que después de una noche pasada deliciosamente en un camarote, amplio y con ventilación al mar, llaman a la puerta diciendo que estamos atracados al muelle de Montevideo. Después de las dificultades apuntadas, llegué al Colegio de los Padres Jesuítas, Colegio-Seminario del Corazón de Jesús, porque en él ha estado el Seminario durante muchos años, y en él han hecho la carrera las figuras más salientes hoy en la República, empezando por el actual Arzobispo, el doctor Juan Francisco Aragone.

Después de Celebrar, desayunarme y saludar a los Padres que no se podían convencer fuera el mismo que tan delicado había desembarcado a la llegada en el «Vasco Núñez de Balboa» (eso os probará que estoy madurando y no me vais a conocer al regreso) me fuí a saludar al Sr. Arzobispo

que me recibió atentísimo, lamentando, como todos los señores Obispos de estas Repúblicas, la escasez de clero para sostener la lucha contra tantos enemigos de la fe y de la moralidad en estas regiones. Me concedió toda clase de licencias y facilidades; una de ellas la citaré para que os vayais dando cuenta de lo que son estas Repúblicas; es un documento con el cual la Compañía Inglesa de ferrocarriles, protestantes sus directores, concede la rebaja de un 50 por 100 en los billetes a los sacerdotes ¡el Estado, que también es dueño de ferrocarriles, no concede nada, ni sueños!

Como hasta el día siguiente no podía seguir el viaje a San Carlos, porque no sale más que un tren diario, y este a primera hora de la mañana (al contrario de lo que ocurre en otras partes donde el servicio se suele hacer con vistas a facilitar a las gentes el acceso a la capital sin obligarles a hacer noche en ella), los Padres, a quienes aprovecho esta ocasión para agradecerles tantas atenciones, pusieron a mi disposición un

Hermano que me acompañó a visitar la ciudad y sus afueras.

En todas estas repúblicas, la vida está concentrada en la capital y muy pocas ciudades más. Por lo tanto Montevideo puede decirse que es todo lo adelantado, grande y progresivo de la República Oriental del Uruguay. Es población moderna, de grandes edificios, de amplisimas avenidas y plazas y no está menos urbanizada que Buenos Aires. Su crecimiento es moderno, no pasa de los 25 últimos años; pero han ido tan deprisa que en ellos se ha cuadruplicado. Las afueras se han poblado de lindísimas quintas que ya están enlazadas al centro por los tranvias. El cosmopolitismo de estas poblaciones y la facilidad que en los últimos años han prestado los adelantos modernos para irradiar ideas, costumbres y hábitos, dan a todas estas poblaciones modernas, lo mismo «aquende» el Atlántico que «allende», una nota de uniformidad, que las hace a todas iguales, sin que falte alguna pincelada de algo típico y original, que desgraciada-

mente cada día van siendo menos. Esto hace que al pretender detallar lo que vi en este paseo, no encuentre, en realidad, nada que pueda interesar por nuevo y original. Si no se molestaran estos señores y con todas las salvedades que me pidan, me atreveré a decir, que vistas estas capitales y vistas también las extensiones inmensas del resto de la república (algo parecido digo de la Argentina) me parecen casas en las que se ha procurado con empeño amueblar el recibidor, pero en cambio la cocina y el comedor y los dormitorios están bastante descuidados.

Una nota desagradable, que no he encontrado en Buenos Aires, es la extrañeza de las gentes al ver un sacerdote; y no es que no salgan de la Iglesia los que aquí residen, es que son muy pocos y raro, por lo tanto encontrarles en la calle. Me dió pena el gesto y risas de algunas ¡mujeres! cuando me vieron; después me lo fuí explicando. Ha padecido esta república un gobierno, el de Valle, empeñado por muchos años, en

descristianizar y desmoralizar a sus habitantes, dictando leyes, que, como la del divorcio es lo mas inmoral y absurdo que se puede imaginar (la ley autoriza el divorcio absoluto a «simple petición» de una de las partes, sin exigir juicio probatorio de causa alguna. El juez solo hace constar que una de las partes «ha querido» que el lazo conyugal se rompa. La ley penal no conoce como delito el adulterio. Y aun se está planeando el declarar que no hay divorcio más que el que rompe el vínculo; es decir, que aquello de «quad torum et habitationem» es una monserga).

Si fuera verdad el motivo y la frase que pronunció Valle y que dió ocasión a que se estableciera el divorcio, habría que convenir en que hay acciones satánicas.

Al día siguiente, muy de mañana nos fuímos en busca del tren que había de ser nuestra casa desde las siete y media hasta las doce y media. Y como yo no conocía a nadie, ni, por las condiciones del país, me atrevía a entablar conversación con ningún

pasajero, me pareció lo más cómodo pasar el tiempo con los dos mejores amigos del hombre, Dios y un buen libro, con lo que se me hizo bastante mas corto de lo que temí. Porque efectivamente, no crucé una sola palabra con ningún viajero, pero en cambio me persuadí de que estaba mas sano y fuerte de lo que pensaba, al no terminar el viaje con un dolor de cabeza o fiebre, con tanto abrir y cerrar las puestas de golpe. Yo no he visto cosa igual; entre el chico de los caramelos y bananas, los que venden periódicos, los de la lotería, los pasajeros que van y vienen al restaurant cada minuto (los mismos) los revisores etc. sin exagerar, no pasaba medio minuto que no golpearan una u otra puerta.

Por fin en la estación de San Carlos fuimos a parar a los brazos de los amigos y de allí, en automóvil a casa, donde nos esperaba la comida preparada y servida por una voluminosa negra y un pibe, que dicen aquí, mas despierto y trasto, que trabajador.

Después, una semana deliciosa como la

pueden suponer los que han pasado unos días en la casa de un amigo de verdad; atenciones en todo momento, charlas gratísimas sobre Valladolid y los «Valladaulisolitanos, y por fin excursiones en que apreciar las bellezas naturales de esta riquísima república y hacerme agradable el tiempo.

Entre estas excursiones citaré la de Punta del Este; playa lindísima y que en pleno verano, dicen, está muy animada. Aunque casi empieza ahora, está bien surtida de buenos hoteles, chalets particulares y magníficas casas de recreo. El mayor contingente le dan los argentinos.

Otra nota de esta republiquita; el banquero del Gran Casino es el mismo Estado, con lo que no tiene nada de particular oir quejas a los ciudadanos, de que se gasta enormes cantidades en esta playa, por hacer que acuda más gente al tapete verde. ¡Venga usted aquí con prohibiciones del juego!

Nos acompañó en la excursión, desde Maldonado, cabeza del Departamento, un P. Capuchino, quien nos presentó a los

dueños del «Hotel España» que responde muy bien a su título; con él visitamos la Capilla, que poco a poco se va arreglando en la temporada de verano, a costa de lo que se cercena a los veraneantes del presupuesto para diversiones.

Ya que dije que pasé por Maldonado, agregaré que me dió la sensación de una ciudad muerta; no se vé a nadie en la calle. En cambio tienen la Iglesia más hermosa de la República, exceptuando las de la capital; desde luego del tiempo de la dominación española, y del estilo que llaman aquí colonial.

Otra excursión que recordaré siempre con cariño, fué a la finca de Tolentino ¡cuánto gozaron, aquellos amigos, al saludar a un paisano que tanto habían tratado en Valladolid! y ¡cuántas cosas hablamos durante aquella comida al estilo de Valladolid, como en la ribera de Castilla! Allí también me pude dar cuenta de lo que es la explotación de la tierra. Con un cultivo rudimentario, produce muchísimo, pero no deja de tener sus enemigos y no pocos ni pequeños.

Por falta de comunicaciones, es mas frecuente el que se explote en ganadería que en cultivo de cereales. Por lo mismo que es mucho terreno para tan poca población suple la extensión en lo que es explotado a la intensidad en trabajarlo; así se ven leguas y leguas de un solo propietario, que en su inmensa mayoría dedica a pastos para sus numerosos ganados. Desde el tren, sobre todo a la vuelta, pude darme bien cuenta de esto que les digo y dá pena ver pasar kilómetros y kilómetros de terrenos riquísimos solo dedicados a pastos, con una holgura grandísima, porque claro está que también supone capital y no pequeño, tener el ganado que puede mantenerse en tan extensos campos. Y es una riqueaz, la ganadería, muy peligrosa, porque fácilmente sufre oscilaciones ruinosísimas el precio del ganado.

Mejor impresión que de Montivideo, saqué de San Carlos en el aspecto religioso. Precisamente en aquellos días se celebraba la novena de ánimas y era consolador ver como se apretaban los fieles y desbordaban

fuera del atrio para oir la palabra divina. Yo les prediqué por aliviar al amigo, tres días, y me emocionaba ante aquella devoción y silencio. No dudo que en Montivideo hay núcleos grandes, en relación con la capital, que quizá en determinadas ocasiones llenarán las Iglesias; pero yo estoy obligado a decir lo que ví.

Por fin, como lo bueno y lo malo terminan en este pícaro mundo, lo tuvo mi rápida excursión de cinco días. Ya en el tren tuve compañía; un caballero de San Carlos que me sirvió de mucho y, entre otras cosas, me proporcionó conversación con otros señores del país, y con ésta, ocasión de ver como pensaban de su república los que en ella viven. Eran políticos, se está en vísperas de elecciones y algunos de los que me hablan son enemigos de los que mandan. Conste esto. Pero en lo que cuentan no hay exageración porque se trata de leyes y quizás alguno de ellos ha contribuído a darlas, que aquí, la mayor parte de las leyes se han dado con vistas a los votos, alardeando to-

dos de mayor amor al pueblo. Así supe, por ejemplo que aquí el castigo al delincuente, sea de la gravedad que quiera, no existe, sino que es corrección; por lo cual el presidio es un lugar cómodo en el que el recluído tiene buena habitación, con cama, mesa, baño particular, abundante y bien condimentada comida, protestando con frecuencia y facilidad el día que está un poco menos bien, tiene horas de recreo, en algunos días cine, música (esto también aquí en Buenos Aires). El que no dá lugar a que se le observe demasiado, tiene derecho a que se le rebaje la mitad de la pena; y como aquí todo lo corrompe la política, ustedes verán qué facilidad hay para considerar bueno a un delincuente.

De las pensiones a la vejez no me atrevo a hablar, porque hace que esto parezca una gauja y no sé donde irán a parar; toda persona que habite en el país, extranjero (naturalizado o no), o criollo, basta que exhiba dos certificados, uno de pobreza y otro de edad, probando que cumplió los 60 años,

para que tenga la pensión, que no recuerdo en este momento cuanta es, pero desde luego como un buen jornal, A falta de edad se puede obtener la pensión con certificado de que está enfermo y es pobre.

Las jubilaciones son también hermosas. Las tienen todos los empleados del Estado, Bancos, Empresas ferroviarias, etc., siempre que tengan 25 años de servicio, con el sueldo que hayan disfrutado en los cuatro últimos años. Las maestras se jubilan al ser madres.

Y cuando estas cosas escuchaba yo, me hacía las reflexiones que seguramente os sugieren a vosotros, y que podíamos concretar con esta pregunta: ¿Alguna nación de la vieja Europa mostraría tal prodigalidad?

... Fuí a despedirme de los cariñosos Padres, y a recoger la documentación y pasaje que ya me tenían tomado, y en otro tan hermoso barco dí la vuelta a Buenos Aires, sin incidente digno de notar, como no sea la felicidad con que gracias a Dios hice el viaje de regreso.

Buenos Aires, 21 noviembre 1925.

Patronato Español

¿Os parece que dediquemos un rato a charlar sobre alguna de las obras españolas que en esta hermosa República conservan el espíritu patrio y son lazo de unión entre los hermanos?

Empecemos por hacer notar que aquí es donde mas vivo se siente el amor a la patria. No son solamente los españoles, los que tienen instituciones nacionales; las tienen y muy florecientes los italianos, alemanes, franceses, ingleses, y hasta turcos y sirios etc. etc.

Españolas hay varias con distintas finalidades. La más importante por el número de socios es la «Sociedad Española de Socorros para enfermos» que, entre otras cosas, tiene un hospital magníficamente dotado y de los más grandes de esta república y una casa social en una de las calles más céntricas y muy hermosa.

Pero mi intención, según reza el epígrafe de esta crónica, ha sido hablar en particular del «Patronato Español» del que es Presidenta Honoraria S. A. R. la Serenísima Infanta Isabel de Borbón; y esto, porque es la que mejor conozco y los fines que persigue merecen ser conocidos también en España, para ser justamente alabados y para que puedan aprovecharse de su actuación, cuantas jóvenes arriban a estas playas en demanda de trabajo honrado.

Fué una de las tantas visitas que hice acompañado del P. Masferrer (como habeis podido notar, resulta mi guía incansable en esta inmensa ciudad) fundador de esta rama (hoy ya autónoma e independiente) de la «Sociedad Española de la Virgen del Pilar», de la que también me ocuparé, sino hoy, otro día.

La visita fué al Asilo que esta Institución sostiene, con motivo de una Junta para visitar las obras de ampliación que se están ejecutando. Allí tuve la gratísima satisfacción de conocer a varias señoras de la Junta y

caballeros asesores suyos en los negocios y contratos, que me hicieron sentir la complacencia y gusto de un ambiente españolísimo.

En el Asilo hay hoy, como unos setenta niños, huérfanos de españoles y que encuentran en estas señoras y en las Religiosas que están al frente del Asilo, madres cariñosas que les atienden en sus menores necesidades; porque se junta al calor de la caridad cristiana el hervor de la misma sangre, la solidaridad de raza, religión y suelo.

La limpieza y orden que reinan en aquella casa es admirable y lo han ponderado cuantas autoridades y personas de prestigio han visitado la casa, que han sido ya muchos. Los resultados salen a la cara de los huérfanos, alegres, sonrosadas, diciendo con la charla de sus ojos, la salud de alma y cuerpo de que disfrutan. Es verdaderamente un encanto visitar los comedores, dormitorios, clases (incorporadas a las del Estando) Capillas; parece mentira que sean niños y tan alegres los que moran en aquella casa; dá la

sensación de que estuviera preparado para una visita. Y en cierto modo así es; pues las señoras de la Junta que tienen el cargo de Inspectoras, no se contentan con el nombre, sino que acuden a diario y bajan la mano a todo e intervienen en todo, ayudando a las Hermanas y completando su labor, porque son muy pocas para tantas atenciones.

Visitamos tambien los locales para jóvenes emigrantes, a las que reciben en el puerto, las proporcionan allí casa y alimentación hasta que las señoras mismas se encargan de colocarlas en casas de entera confianza y con todas las garantías, sin dejarlas ya de la mano hasta que o se casan o se vuelven a España, pues los días de fiesta acuden al Asilo y tienen sus fiestas etc., etc. hacen, en una palabra para con ellas el lugar de la madre.

Otra vez he vuelto a visitar este Asilo. Fué el día de la Virgen del Pilar, Patrona de la Institución. Tuve el honor de dirigirlas la palabra y bien sabe Dios con cuanta ver-

dad las felicité y pedí al Divino Corazón se conociera en toda España esta hermosa obra que libra a las jóvenes españolas de los mil peligros que las cercan desde el momento que deja el vapor las playas españolas. Cuantas historias negras de lágrimas, de hambre, y deshonor, se evitarían si fuera más conocida esta Institución en España y ya desde allí vinieran encauzadas las jóvenes al «Patronato Español».

No temen las señoras de la Junta un exceso de emigrantes, que su corazón y generosidad es más grande que las desgracias que había que remediar; en cambio las he oído lamentarse de que sean pocas las que se acogen a sus beneficios.

Precisamente esperan que la obra será colosal, cuando ya tienen adquirido casi todo el terreno de una manzana entera y tienen el plano de la edificación general que poco a poco irán levantando. Para entonces, cuando todo lo tengan terminado, habrá capacidad más que suficiente para todas las jóvenes que emigren de España y para todos

los huérfanos españoles, a quiénes tocará esta desgracia en la Argentina.

Para que os déis cuenta de la ternura de esta Institución, como dirigida por señoras (y no agrego españolas por...), citaré el detalle de que cada huerfanito tiene su padrinito, o sea un niño de familia «bien», ricos, hijos de españoles, de las mismas familias de las socias; y ya podéis suponer lo que significa en la práctica este padrinazgo. Por lo pronto están obligados a mandarles algo en especie, luego los mimos, regalitos fuera de la obligación, etc., etc., ¡y lo poético del abrazo del niño rico, lleno de comodidades, y el pobre huerfanito!, ¡y con sangre española los dos!

Y surge lo de siempre; la obra es grande, exige cuantiosos dispendios, ¿de dónde salen?, del fondo inagotable de la caridad cristiana y por los ingeniosos medios que ella tiene; ya van dos años que ha rifado una casa, y esta rifa las ha producido alrededor de cuarenta mil pesos; además organizan uno o dos tés benéficos y contínuamente

están llamando al corazón de los buenos españoles para que cumplan este deber de solidaridad con sus connacionales pobres. No quiero decir otros medios, porque no digan que trato de enseñar a sacar el dinero para los pobres, pero bien saben todos los buenos que la caridad es ingeniosa.

Y no termina aquí la labor del Patronato Español con sus favorecidos; tiene establecidos premios, que suelen llevar el nombre de los donantes y son «a la niña más buena», «a la aplicación», etc., etc., consisten en metálico y llegan hasta 250 pesos algunos; también les hay para las imigrantes que siguen siendo fieles a la Institución y a ella acuden con frecuencia.

Y para que nada falte, tienen las jóvenes su libreta de ahorro que figura en la Caja Dotal de Obreras, de que ya os he hablado y que suma en la actualidad 3.155 pesos; los niños tienen la libreta en el Banco Español del Río de la Plata.

Estoy seguro de no haber ponderado como es debido esta Institución tan espa-

ñola, puesta bajo el manto de la Virgen del Pilar; quisiera, sin embargo, que hasta el último rincón de España llegara la noticia de una obra que tanto bien puede hacer.

Los que aun no han abandonado la Patria no se pueden hacer idea del frío de soledad que se siente lejos de la Patria, del aturdimiento que borra las ideas en el bullicio de estas grandes urbes, del vértigo casi inevitable de cuanto rodea al pobre emigrante y más aún a la joven emigrante. Es indecible y mejor aún, imponderable, el cuidado que es preciso tener para no dejarse alucinar de promesas, quizá de parientes, también engañados, que ofrecen una segura y próxima colocación. Aun con los mejores deseos de parientes y amigos, se dan casos de grandísimo peligro, por criterios morales distintos, diferente educación religiosa, etcétera, etc., que exponen a la joven en peligros insospechados.

Peligroso es en general para el hombre que viene a estas repúblicas por la deficiente preparación religiosa que suelen traer;

una vida cristiana rutinaria, sin fundamento sólido, con prácticas de piedad que no se sienten, porque no se conoce su transcendencia y se dejan con suma facilidad tan pronto como se separan de los padres que les llevaron de la mano; con este bagaje puede calcularse el peligro a que se exponen en una lucha por la vida que jamás soñaron; pero al fin son hombres y con un poco de ánimo y acudiendo donde seguramente les atenderán para colocarse, pueden luchar; pero una mujer y joven ¿dónde va?, ¿a quién se dirije?, ¿tiene la seguridad que aquél o aquélla a quien pregunta dice la verdad?, ¿las amistades que contrae en el vapor, está cierta de que la serán útiles? ¡Y no hablemos de las agencias de colocación! Y después de desembarcar, en la peregrinación en busca de trabajo, ¿en qué manos caerá?

¡Por Dios y por España!, por la fe y la virtud que tantos pierden aquí, habiendo salido buenos y honrados de la Patria, de su pueblo y de su humilde casa; por el buen

nombre de nuestra querida España, que se extienda por todos los rincones, que llegue hasta la más escondida aldea, la noticia de esta Institución que puede y quiere remediar estos males y tanto bien puede hacer (aun materialmente) a nuestros connacionales.

Buenos Aires, 22 noviembre 1926.

Escrita esta crónica aparece el siguiente cablegrama que me parece oportuno copiar, porque patentiza la importancia de esta institución, que quizás yo no he acertado a ponderar debidameute.

Patronato Español de Buenos Aires.—Su presidenta, la Sra. Luisa C. de Cibrián, fué recibida por los reyes D. Alfonso y D.ª María Cristina.

Madrid, noviembre 23 (Especial para «La Razón»).—Su majestad el rey Alfonso y su augusta madre, la reina María Cristina, recibieron en audiencia a la presidenta del Patronato

Español, de Buenos Aires, Sra. Luisa C. de Cibrián, prometiéndole generosamente su ayuda para la mencionada institución.

Las infantas D.ª Isabel y D.ª Paz, recibieron también a la Sra. de Cibrián y le manifestaron asimismo su deseo de colaborar en la beneficiosa obra que realiza el Patronato Español.

Sociedad Española de la Virgen del Pilar

He visitado, mis queridos amigos, el Santuario Nacional de Nuestra Señora de Luján, Patrona y Protectora de la República del Plata. Y lo he hecho con la peregrinación que todos los años organiza la Sociedad Española de la Virgen del Pilar.

Los dos extremos bien merecen una crónica, y allá va.

Lo que sea para los argentinos la Virgen de Luján, podeis deducirlo de lo que es para los españoles la Virgen del Pilar y aun las advocaciones particulares de cada región y pueblo. Una imagen que milagrosamente manifiesta el lugar donde quiere ser honrada, que multiplica de tal manera los prodigios que acuden de todas partes enfermos y acongojados en busca de alivio y consuelo,

que encuentran siempre. Los exvotos cubren las paredes de su templo; los heroes de todos los tiempos la invocan y la visitan; por fin alcanzan del Romano Pontícipe coronarla solemnisímamente; y todos, grandes y pequeños, toman como asunto de honor nacional elevarla una Basílica digna de la protección qne les dispensa y del amor que tienen a la Señora.

La Basílica es gótica del más puro estilo, toda ella de piedra; su planta es una cruz latina con tres naves y capillas a un lado y a otro; los numerosos altares son riquísimos, casi todos ellos de mármol; y mármoles y bronces primorosamente labrados forman el altar mayor con un espacioso camarín, que en una balaustrada que corre alrededor de él, muestra una serie de banderas (entre ellas la española) ofrendadas a la Madre de Dios.

La afluencia de peregrinos es enorme y de todos los puntos de la inmensa república Argentina y aun de las otras repúblicas sudamericanas. Solo aquí en Buenos Aires, es raro el domingo en que no vaya alguna pe-

regrinación a Luján particularmente en este tiempo.

El domingo anterior al en que lo hizo esta Sociedad, tuvo lugar la de los Círculos de Obreros y concurrieron próximamente unos seis mil. El anterior a este nos digeron que habían acudido unos veinticinco mil peregrinos.

En la organizada por la Sociedad del Pilar seríamos unos cinco mil; dos trenes completamente llenos, pues varios días antes ya se habían agotado los billetes. Esto refleja la devoción que el pueblo tiene a la Virgen de Luján y lo que de Ella también esperan colectividades que, como la Española, tienen advocaciones de la que es Patrona del país donde nacieron, pero que saben bien, que todas son imágenes de una misma Madre de Dios y de los hombres.

La peregrinación de la Sociedad Española de la Virgen del Pilar ajustábase a la letra y al espíritu de sus estatutos, y siguiendo una práctica ya establecida, resulta peregrinación verdaderamente espiritual, aunque también

se disfruta, por añadidura, de los gratos placeres de un ambiente sano, un sitio pintoresco y delicioso y la compañía, siempre grata, de compatriotas.

Se reza el Santo Rosario durante el trayecto, cánticos piadosos encienden el fervor en el recorrido de la estación al templo e inmediatamente se dice la Misa de Comunión que siempre es muy numerosa. A las diez es la Misa Solemne con sermón, que en este año tuve el alto honor de predicar y terminada la Misa, todos se van a buscar el almuerzo; unos a las buenas Fondas que en Luján hay, y otros a las orillas del pintoresco río del mismo nombre. Aquel día en la Fonda donde fuimos los de la peregrinación que ya habíamos avisado, nos sirvieron una comida clásica a la española.

Por la tarde se celebra un acto literario (en el que también hablé) y por fin en la Basílica se terminan los actos religiosos con el Rosario y Bendición con el Santísimo.

Pero estoy hablando de la Sociedad Es-

pañola de la Virgen del Pilar, y aún no he dicho lo que es esta institución.

Pues bien; es uno de los primeros anhelos de la colectividad española unirse y sumarse para conservar aquí el calor de la tradición, la fe de nuestros mayores, las costumbres españolas y a la vez procurarse mutua ayuda y estímulo en las frecuentes y duras luchas por la vida, lejos de cuanto aman en la tierra.

Se fundó en 1907 y la causa ocasional fué la proximidad de la gloriosísima fecha, de la epopeya de la independencia, 1808; para la cual se constituyó en organizadora de la «Peregrinación espiritual al Santuario de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza.»

No creo sea necesario reseñar todos los actos que ha llevado a feliz término en el tiempo que lleva de existencia, sino mejor hacer constar cual es el espíritu que la anima y sus prácticas más constantes.

De lo primero es buena prueba el que, según su Reglamento, todos los segundos domingos de mes se celebra Misa de Comu-

nión y se hace la imposición de medallas a los nuevos socios; es pues una Cofradía al estilo de las españolas. Más como se trata además el espíritu españolista, inmediatamente después de la Misa, se reunen para tomar el desayuno, en el que no hay para que ponderar la animación que reinará; no faltando nunca algun baturrico, andaluz o de donde menos se piense, por ejemplo de los serios vascos, que hagan las delicias de sus compatriotas.

También reglamentariamente, celebran actos literarios-musicales.

Pero los dos actos más trascendentales son las dos peregrinaciones anuales; una al pueblo de «El Pilar» y santuario de esta advocación y la segunda a Luján, de la que os he hablado: ambas muy concurridas y animadas.

Esta sociedad es la que organiza todos los años la solemnísima fiesta en honor de la Patrona, el 12 de octubre y que se celebra en la Catedral, que se llena completamente de españoles y a la que asisten las

primeras autoridades de la República y la representación oficial de España. De ella se ocupan y reseñan con gran detalle los grandes periódicos de Buenos Aires.

De esta sociedad salió «El Patronato Español» que bien pronto necesitó independencia por la importancia de los fines que persigue y del que ya me ocupé en otra crónica.

Además de esto, tiene en su Reglamento distintas Secciones o Comisiones, cuyo fin va expresado en los títulos: comisión de propaganda, de auxilios, de acción social (Círculo y Secretariado popular) y Montepío.

No todos los españoles pertenecen a esta Sociedad, ni muchísimo menos; y aún se puede decir que es grande el número de los que no pertenecen a ninguna sociedad española; y es una pena, porque aparte de los bienes materiales que podía proporcionarles, se aseguraría en la República Argentina, la conservación del espíritu y costumbres cristianas, que tantos, por desgracia, dejan completamente olvidados al llegar a estas tierras.

Buenos Aires, 15 diciembre de 1925.

Sol de España

Unos, antes de venir y otros por carta, me han preguntado: ¿Qué se siente de España por esas tierras? ¿cómo nos consideran a los españoles? ¿qué idea tienen los americanos de la que fué su madre?

Seré imparcial. Cuando he llegado a la Argentina, 26 de agosto de 1925, era aun España una nación atrasada, aherrojada en las pesadas cadenas de un clericalismo intransigente, víctimas de una dictadura militar y militarista, oscurantista, medioeval, que no consentía ni daba libertad ni siquiera a la queja y al lamento; sus campos estaban yermos, su industria paralizada, su comercio atrasado e imposibilitado para sostener la competencia al extranjero, sus barcos los más pobres y tardos, sus ciudades estacionadas en las edificaciones y medios de los siglos que pasaron, no podían sostener la

comparación con otras ciudades de Europa y mucho menos con los americanos, emporio de todo progreso y civilización. Nuestros sabios, escasos y nuestros grandes hombres, condenados a un ostracismo brutal por la imposición de una voluntad que no consiente ni el más ligero pensamiento distinto del suyo.

Por añadidura, era un bochorno la campaña de Marruecos, que consumiendo nuestras energías en sangre y dinero, hacia palmaria nuestra impotencia e incapacidad.

A recargar las negras tintas de este cuadro, contribuían, los muchos elementos extraños interesados en que no crezca la influencia española en América; y, lo que es más triste, los malos españoles que desde nuestra misma patria y aun con el prestigio de un nombre célebre en las artes o en las ciencias, no perdonaban ocasión de hablar mal de su patria.

Por otra parte; esta campaña encontraba el terreno muy preparado: primero en los mismos españoles aquí residentes, que en

su mayor parte habían llegado a las riberas del Plata, en busca de un bienestar que no encontraron en España, y que, aun sintiendo amor a la madre patria, que siempre aumenta en la lejanía, no podían olvidar que para ellos no había tenido prodigalidad y riqueza bastante para retenerles en sus hogares. En cuanto a los argentinos, a pesar de haber trascurrido más de cien años, aun conservaban algún rescoldo del fuego sentido en el momento de la lucha por la separación; algo había apagado estos fuegos y mejor diré, mucho, la venida de la Serenísima Infanta doña Isabel representando a España en las fiestas del centenario de la Independencia. El hecho de mandar representación, el honor de que fuera nada menos que una Infanta y hasta la simpatía personal de la Infanta Isabel, abrieron los ojos a muchos argentinos, restañaron heridas y empezaron a pensar que una madre siempre es madre, hasta para los hijos díscolos y que se marchan violentamente de la casa paterna.

Tal era el ambiente con relación a Espa-

ña cuando yo desembarqué en Buenos Aires. En aquellos días era también huésped oficial de la República el Príncipe de Gales, el heredero de la corona de Inglaterra, ¿qué se había de pensar de la pobre España?

Pero precisamente también en aquellos días, empiezan en Marruecos todas aquellas hazañas épicas, dignas de nuestro nombre y de nuestra historia, hazañas que Dios alentaba y protegía con visibles muestras de su predilección hacia el pueblo consagrado por su valiente y simpático Rey, al Sagrado Corazón de Jesús.

¡El desembarco en la bahía de Alhucemas, calificado por los técnicos como una locura, pero de efecto decisivo! ¡la toma de Axdir, refugio del cabecilla Ab-el-Krim! ¡Las pruebas brillantísimas del autogiro «La Cierva», que auguran una revolución en la aeronaútica! Estas noticias, conocidas a las pocas horas, eran comentadas favorablemente por todos y con el natural regocijo, por cuantos teníamos lazos con España.

Pero, aun seguían los enemigos haciendo

daño con sus informaciones falsas o tendenciosas. Junto a los telegramas extensos y fidedignos de tan faustos sucesos, aparecen otros de Lisboa, Gibraltar, París, y Tánger, vertiendo, no jarros de agua, sino mares de hielo capaces de apagar los entusiasmos más fervorosos ¡tres meses después de la toma de Axdir, se ha negado este hecho! ¡lo que se diría en aquellos días! No hay que olvidar, que es tal el criterio de libertad en las informaciones, que no es infrecuente encontrarse en una misma página el sí y el nó de un mismo hecho.

Cuando Francia tuvo el gran desastre que la obligó a sumarse a España para acabar con la rebelión, cesaron automáticamente unas cuantas informaciones. No digo cual fuera la causa, sino que señalo el hecho.

En cambio vinieron nuevos sobresaltos y angustias para cuantos soñábamos con una España grande, respetada y admirada.

Por aquellos días (podía precisar fechas, pero no lo creo necesario) se hablaba del raid que el italiano Casagrande pensaba ha-

cer desde su nación a la Argentina. Los periódicos, estos enormes rotativos de 36 y 40 páginas en días ordinarios, llenaban columnas y páginas enteras con informaciones completísimas sobre Casagrande, el aparato y las circunstancias todas del raid. Algun día, en lugar secundario y ocupando unas pocas líneas, apareció también la noticia de que unos aviadores españoles (Franco y Barberá, decían) estudiaban el raid España-Argentina. La impresión era dolorosísima; llegaríamos después, la gloria sería del primero, de Casagrande, España vendría atrasada.

Pero, he aquí, que los días van pasando. Efectivamente, Casagrande sale de Italia, pero ya en Barcelona llega con una avería que le obliga a retrasar unos días el vuelo; hace la segunda etapa a Casablanca y allí también llega con averías en el aparato. Los periódicos dicen que es preciso volver el aparato a Italia para arreglarle bien; otras veces, que se esperan las piezas de repuesto para arregarle en Casablanca; y en fin, que

el tiempo marcha y se acerca la fecha fijada por nuestros aviadores.

Estos periódicos, cultivadores expertos de la actualidad, acuciados por el interés que justificadamente suponen en la grandísima colonia española y aun en los argentinos que simpatizan con España por ley de sangre y de raza, empiezan a llenar sus páginas con las informaciones de este vuelo y se sabe en Buenos Aires, al día, cuanto hacen y piensan nuestros aviadores; sus viajes, los mensajes que traen, las despedidas de los Reyes y del Jefe del Gobierno, que se proponen salir del mismo punto de donde arrancó Colón para descubrir el Nuevo Mundo, las pruebas del aparato, etcétera. Con todos estos detalles, comentados y discutidos, empieza a ensancharse el corazón de los buenos patriotas; y a la vez, surge la ansiedad. Este vuelo trae envuelta la gloria de España y el valor de sus hijos, el genio que la hizo grande y la continuación de su gloriosa historia, ¿Llegarán? nos preguntábamos ansiosos. Y Dios protege a España, nos

contestábamos. Llegarán, decíamos sin vacilar, los que amamos a España, los que sabíamos que, como Nación, había dado muestras gallardas de su Fe Católica; llegarán, decíamos los que conocemos a fondo los tesoros de energía, de virilidad que se encierran en el pueblo español, que solo necesitan de una mano experta y segura, de un hombre que, sin vacilación muestre el camino de la gloria y de la grandeza; llegagarán, decíamos, los que hemos visitado muchas naciones, las que pasan por poderosas y grandes, y hemos palpado que en ellas se encuentran los vicios que solo a nosotros se nos achacan y ninguna o pocas de las virtudes legendarias que con tanta prodigalidad y naturalidad se dan en el suelo español.

¿Será cosa de seguir paso a paso las gloriosas etapas del Raid Palos de Moguer-Buenos Aires? No creo sea ésta mi misión, pues con abrir la colección de los Diarios de aquellos días, así españoles como argentinos, tendréis bien detallado cuanto se refiere a los hechos en sí mismos.

Era de ver, en aquellos días, la amplísima avenida de Mayo, donde tienen sus magníficos edificios los grandes rotativos, cuajada de gentes, que miraban con ansiedad las pizarras, en las que cada cinco minutos aparecía un parte-radio, con la situación y marcha de los aviadores: en algunos momentos, según se acercaba la hora de terminar una etapa, llegaba a interrumpirse el tráfico, que allí es enorme. Cuando la sirena de «La Prensa» o las bombas de «La Nación» anunciaban la feliz terminación, los vítores y aclamaciones atronaban el espacio; para volver a repetir la escena en cada etapa y cada vez con mayor fervor y confianza», por lo mismo que el éxito de las primeras aseguraba el éxito final.

El incidente con la República del Uruguay sobre el descenso en Montevideo, hizo temer, algún momento, que se desluciera un poco la última etapa; pero la diplomacia arregló el asunto de manera que todos quedaron bien y satisfechos.

Y... llega el día 10 de febrero de 1926, y

españoles y argentinos se disponen a recibir a los valientes aviadores, a dar la bienvenida a la madre que viene a visitar a sus hijos. Los muelles, los balcones que dan al puerto, las terrazas y tejados (en la terraza de un edificio de 14 pisos estaba yo), la plaza de Mayo, donde está el Palacio del Presidente de la República, y donde habían de ir nada más dejar la hidronave, y donde se habían refugiado los millares que no habían logrado sitio en los muelles, todo estaba cuajado de gente: asusta ver las fotografías qae se sacaron de aquellas multitudes; yo creo, sin exageración, que había en aquella hora, esperando la llegada, más de un millón de personas.

Todos esperábamos con ansiedad creciente, a medida que se acercaba la hora; cuando empieza a divisarse en el horizonte de un cielo expléndido, transparente, de España en el día del Corpus-Christi, un punto que avanza sobre el mar y se agiganta con rapidez; pocos minutos más, y vuela sobre nuestras cabezas. Al ver la escarapela con

nuestros hermosos colores y sentir al mismo tiempo, las sirenas de los cientos de barcos surtos en aquel grandísimo puerto, la de «La Prensa» atronadora, imponíase a todos, las bombas de los otros rotativos, las campanas de las Iglesias, los vítores, el clamoreo, que sube como ola gingantesca hacia la altura donde yo me encontraba, no acierto a deciros, lo que sentí, ni lo que me pareció aquello; solo puedo aseguraros que fué una tortura de entusiasmo, de felicidad; que me sentí tan dichoso que no me hubiera cambiado en aquel momento por nadie del mundo, que me sentí orgulloso de ser español, que fué, en fin, el día más grande de mi vida.

Creo que estoy obligado también a reflejar aquí el efecto que ha causado en los pueblos americanos este memorable hecho de nuestra aviación de guerra, y aunque no lo conseguiré seguramente en la medida justa, por lo menos lo intentaré.

Para hacernos bien cargo, hemos de tener presente: primero, que con unanimidad ex-

traordinaria y providencial, desde los mismos pilotos del «Plus Ultra» hasta los que menos pueden penetrar el sentido altísimo de estas acciones, el aplauso, los vivas, los homenajes han sido a España, a la Nación madre de todos estos pueblos, que aparece espiritual y materialmante coronada por todas sus hijas, como premio a los desvelos maternales que durante siglos las prodigara.

Otra de las notas más simpáticas de esta histórica gesta, es que los que vienen en nombre de España, vienen en nombre de la España tradicional, caballeresca, noble, hidalga y... profundamente religiosa. Visitar la Rábida, como Colón, orar donde aquel oró, postrarse en la Ermita de San Antonio de las Palmas, entonar la Salve, encomendarse a la Virgen al emprender los vuelos etc., etc.; cada noticia de esta clase hacía nacer y revivir en cada uno de nosotros toda la historia que fué desde la infancia la fuente del acendrado patriotismo, que en estos instantes nos proporcionaba tales satisfacciones. No, a España no la ha estor-

bado su religiosidad, el estar consagrada por su Rey al Corazón de Jesús, para acometer y llevar a feliz término esta empresa que exige ciencia, valor, serenidad y prudencia.

Segundo: Los que esperaban la llegada del «Plus Ultra» eran españoles y argentinos. Los primeros, son los hijos que ansían el abrazo de la madre; los que han sufrido al ver humillada a la patria querida y esperan anhelosos el día del triunfo; los que si al salir de sus lares, sintieron amargura por abandonar seres y lugares queridos, ven aparecer en los colores rojo y gualda de la escarapela de hidro-avión los rostros queridos y la imagen de aquellos lugares; los que quizá en un gesto de despecho arrancaron de las playas españolas porque en España no encontraron pan, pero que, al verse extraños en tan lejanos lugares, sintieron bien pronto la nostalgia de los días buenos, porque los malos desaparecen pronto cuando la soledad es grande, y ésta es tanto mayor y más aplastante y acobardadora en la rápida corriente de un mar de gentes desconocidas.

¡Ah! los que no han salido de España, los que no se han separado de los suyos, no saben de estas amarguras, ni pueden soñar como saben a caricias de amigo fiel, las noticias más ligeras, menos importantes y baladíes de lo que forma el tejido de nuestra vida en los mejores años de ella. ¡Cuánto más sucedería y llenaría de gozo una hazaña, un hecho trascedental, que han de envidiarnos todas las naciones!

Los argentinos; al fin son hijos de españoles; su sangre y sus apellidos son españoles; sin saberlo ellos, sin darse cuenta, aun protestando con los labios de lo contrario, ellos quieren querer a España; diríamos que sólo buscan una justificación externa a tal predilección. Más aún; de la misma manera que un hijo rebelde se va de la casa paterna, pero más pronto o más tarde añora aquella casa y aquellos seres, y vuelve, rico para compensar a sus padres el disgusto de la separación, o pobre a pedir un perdón que sabe de antemano no le será negado, estas repúblicas vuelven los ojos a España que

fué su madre, que las dió leyes, costumbres, religión, que se fundió con sus hijos y mezcló su sangre con las de los indios que poblaban sus bosques, dando toda la vida que tienen hoy esos pueblos. El sentirse estos pueblos, jóvenes, fuertes y ricos, junto con el desconocimiento de la España actual, por efecto de las propagandas de que hablaba al principio, les hacía un poco difícil confesar este parentesco, como si se sintieran un poco avergonzados de ser descendientes de España, cuya historia desconocen por completo, por algo que confieso está justificado hasta el momento presente; por el afan de crear un pueblo que no existía y fortalecer el amor patrio, ciñendo toda la historia a la del pueblo tal como se halla en el momento presente, desde que es pueblo independiente, como si con el pueblo del cual se independizó no hubiera tenido otras relaciones que la del conquistador y conquistado, pero en perfecta separación; así resulta su historia gigantesca, porque es única, porque no se conoce otra.

Pero en este momento aparece España, la verdadera España, la España legendaria, la de los grandes arrestos, la de los héroes a millares, la de los genios en todos los órdenes, la que cuando llega la ocasión dice: «hasta aquí van mis hijos» y surgen Francos y Gallarzas y La Ciervas que vuelan intrépidos y seguros sobre los mares y sobre los desiertos, dejando mudos de asombro a todos los pueblos, no sólo por lo que hacen, sino por la naturalidad conque lo hacen, sin pretensiones, quitando importancia a lo que todos consideran punto menos que imposible. Maravillaba a aquel pueblo «de parada» dicen ellos mismos, ver como se afanaban los aviadores por borrar de todos los discursos la palabra «héroes» y como Franco se empeñaba en que él no había hecho nada de particular y sí Alda y Rada, y Alda le atribuía toda la gloria a Franco, y Rada a los dos pero no a su trabajo y pericia; tanto maravillaba esta conducta como la religiosidad que manifestaban sin hacer alarde, con la naturalidad de quien lo tiene muy aden-

tro; así en el Tedeum de la Catedral, así en conversaciones—«no vuelvan ustedes volando, le decía una señorita a Franco, no sea que les ocurra algo—«no tenga cuidado, Dios nos ha traído y Dios nos protege, nada nos sucederá.»

Y todo esto, en chicos jóvenes, simpáticos, alegres, españoles, con la sana alegría, que no se aparta jamás de la corrección y de la más escrupulosa moral.

Ahora se explicarán ustedes el entusiasmo, el paroxismo de locura con que son recibidos y agasajados los aviadores en Buenos Aires, en este pueblo, ya tradicionalmente hospitalario, heredero de nuestra hidalguía.

Yo no acierto a expresar, ni creo fácil hacerlo, lo que sintió el pueblo argentino a la llegada del «Plus Ultra». De extremos que se relacionan con números; por ejemplo, el de las muchedumbres que esperaban la llegada; ya dije algo y es fácil apreciarlo en las fotografías que no mienten. De los agasajos conque atendieron y obsequiaron

a España en nuestros aviadores, desde el Presidente de la República hasta las colectividades y ciudadanos, también es fácil hacerse cargo por la lectura de esos mismos diarios y revistas («La Prensa», tiró aquellos días más de trescientos mil ejemplares comprobados), ya conocidos a estas fechas en esa.

Pero lo que no es fácil reflejar, lo que nadie puede pretender llevar al papel, es el sentimiento de todos los que esperaban, lo que contribuyó este suceso para acrecentar el amor y entusiasmo por España en los que ya la amamos, lo que se impuso de respeto ante los indiferentes y aún enemigos; periódico hubo, que días antes soltó alguna frase no conveniente y en aquellos días, ante la imposición de la impresión general, fué de los que más se distinguieron en informaciones y abriendo suscripciones en favor de los aviadores.

En aquellos días, todos se sentían orgullosos de ser españoles o tener algún parentesco con español ¡cuánto hacía que

no ocurría esto en ninguna parte del mundo!

Los artículos de los periódicos y revistas, y aun simplemente los epígrafes que se ponían a las fotografías y grabados, revelaban estos mismos sentimientos de admiración y cariño. Se vivía por todas partes vida española; los retratos de los aviadores se vendían por muchos millares; los escaparates y edificios se adornaban con los colores de la bandera española; era un desbordamiento, de sentimientos largo tiempo contenidos, una satisfacción plena a amarguras devoradas en silencio, era la manifestación sin trabas, del cariño más grande y más hondo, el del desterrado a quien viene a visitar su propia madre.

En cuanto a España, yo no dudo en decir, que para nuestra querida patria ha sido el día más glorioso, el sol más expléndido que para ella ha brillado en varias centurias. Cuando la historia imparcial, juzgue los hechos, libres de las pasiones que aun quieren empañar tanta gloria, aparecerán

estos días como de los más fecundos en gloria y en provecho, entre los muchos que forman su envidiada historia.

Era frecuentísimo recordar juntos en pinturas y artículos literarios los dos hechos; el descubrimiento de América y el vuelo del «Plus Ultra», y parangonar a Franco con Cristóbal Colón. No he de decir yo que la gloria de Franco sea tanta como la de Cristóbal Colón, ni que el viaje del «Plus Ultra», tenga la trascendencia mundial del que hicieron las tres famosas carabelas. Lo que si puedo decirles es, primero: que en el alma de españoles y argentinos ha dejado el viaje del «Plus Ultra», una huella de luz, de esperanzas, de alientos, de fe en su patria, de entusiasmo y grandeza, que seguramente no pudo proporcionar el viaje de «La Santa María». «La Pinta», y «La Niña», ni en España ni mucho menos en América; allí porque no pudo apreciarse desde el primer momento toda la trascendencia del descubrimiento, en América porque los indios no vieron sino al colonizador que ve-

nía a turbar el sosogado vivir de sus tribus en las inmensas selvas y en las frondosas riberas de sus caudalosos ríos. Segundo; que el testimonio unánime de todos los pueblos, reflejado en las informaciones que copian estos diarios, autoriza a considerar tal hazaña como digna de las ponderaciones que se han hecho. Y tercero: que es muy pronto para juzgar de la verdadera trascendencia de estos hechos; que no se trata de una batalla en la que se decide la posesión material de un territorio, por ejemplo, sino de una lucha de afectos en la que se ha ganado el corazón de millares y millares de hermanos nuestros, y de cuyo triunfo no se verá el fruto tan inmediato y tangible, pero es más seguro, más profundo y duradero, como lo apreciarán ya, los que saben estudiar la marcha de nuestra influencia en la América latina y aun en todo el mundo.

En resumen: La felicísima y precisa llegada del «Plus Ultra» a Buenos Aires ha sido una brillantísima jornada para la gloria de Dios, pues ha quedado bien demostrado

que no estorba a los pueblos ser religiosos, estar consagrados al Corazón de Jesús y tener un Rey que se presenta valiente ante el R. P., haciendo alarde del catolicismo de su pueblo, para tener la ciencia, la pericia, el entusiasmo, el valor que se necesita para esta empresa.

Una jornada gloriosa para España que vuelve a empuñar el cetro espiritual del amor sobre sus hijas en cuyo corazón ha encontrado todos los tesoros de hidalguía, generosidad y nobleza que las legó en tantos años como las tuvo bajo la patria potestad. Jornada provechosa para estas repúblicas, jóvenes y ricas que se sienten orgullosas de su ascendencia, que pueden gloriarse de su madre, porque la encuentran grande como la soñaron, amorosa como lo pedía su corazón de hijas. Y jornada, sobre toda ponderación beneficiosa y grande para los millares y millares de españoles que viven lejos de su patria, para los millares de argentinos que querían querer a España a quien deben sangre y apellido,

porque... ya no son los parias, ¡porque ya es una gloria ser español en América!

¡Bendito el sol que de nuevo alumbra los bosques, las pampas, los ríos de América! ¡De nuevo se podría decir que no se pone el sol sobre los dominios de amor de ESPAÑA!

Buenos Aires, 1 de marzo de 1926.

El regreso

Con la rapidez de los días buenos, transcurrieron los seis meses de mi estancia en la Argentina.

...Entiendo, mis queridos amigos de Valladolid, a quienes tuve presentes cuando escribía mis IMPRESIONES, que en esta última, debo cambiar la dirección. A vosotros voy a encontraros muy pronto, os abrazaré y os contaré cuanto en mis IMPRESIONES no pueda decir.

Y allí, en la Argentina (¿lo veis? escribo desde Valladolid y es natural que las expresiones señalen esta relación) quedan también amigos de quienes recibí atenciones, que un bien nacido no puede olvidar; quedan pedazos del alma, los que llevan mi sangre, por los que corrí riesgos en el viaje, cuyos brazos me estrecharon llenos de cariño y gratitud al pisar tierras del Plata... y me conce-

dereis que es muy justo ligue su recuerdo a estas impresiones, y, más aun, me dirija a ellos desde aquí, para en ellos, dar un adiós a aquellos días, que no es fácil se repitan ya.

No es solo justicia, es que además lleno una exigencia de mi corazón, al dirigirme desde aquí a vosotros, mis queridos hermanos: Jerónimo, Juan y Raquel que en los pocos meses de convivencia, me habeis colmado de tales cariños, que parecía pretendiérais suplir en la intensidad, lo que faltaba para llenar la laguna de tantos años de separación; a tí, mi inolvidable sobrino Alberto, a quien recibí cuando empezabas a balbucir las primeras palabras, en quien pusimos los de aquí todas las ternuras que podías echar de menos en la ausencia de tus padres, y en cuyos brazos impacientes y acariciadores te puse ya hecho un estudiante; a vosotros todos mis queridos amigos, religiosos y seglares, que en tan corto espacio dejásteis huellas tan hondas en mi alma,

que si adolece de muchos defectos, tiene al menos, la condición de ser agradecido. No puedo poner vuestros nombres, ni aun en estas páginas dedicadas exclusivamente a parientes y amigos, por la sola razón de temer omisiones lamentables, pero al dedicaros un ejemplar, podeis estar seguros de que os tenía presentes al escribir estas IMPRESIONES.

Habeis visto que, en cuanto he dicho de la Argentina, he procurado ser fiel, y, los que me habeis prestado valiosísima ayuda para encontrar los datos que en estos apuntes aparecen, bien mereceis las gracias, porque, en realidad, fuísteis colaboradores eficaces, y, lo que vale más, atentísimos.

Los últimos días de mi estancia en Buenos Aires, recordareis, que transcurrieron gratísimos, inolvidables, recibiendo a plena alma y acariciando todo nuestro ser, las auras re-

generadoras de un resurgir del nombre español, según dejo pálidamente reflejado en mi última crónica.

Sucedíanse los agasajos a nuestros aviadores, se mutiplicaban los homenajes y en ellos y por ellos, a nuestra querida España se ensalzaba y aclamaba y bendecía.

Y ya tocaba a su fin la estancia de Franco y sus compañeros de gloria, y se aproximaba el día de la partida; al tomar el pasaje veo anunciado que el Vapor «Infanta Isabel de Borbón» retrasaría la salida hasta el día 6 porque en él volverían a España los intrépidos aviadores ¡Dos motivos de contento para mí!: estar unos días más con mis hermanos y tener la suerte de conversar con los héroes durante la travesía.

Un rasgo de generosidad e hidalguía del Gobierno Argentino nos privó de una y otra satisfacción.

Y llegó el día 3 de marzo. Celebré mi última Misa en el Colegio de Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús de la calle de Luis María Campos; a la puerta me espera-

ban ya mis hermanos y sobrino para el último viaje en automóvil... hasta el vapor.

¡La despedida! ¿Para qué recordarla? Como todas, dolorosa, cruel si quereis; con una vaga esperanza de retorno, que pretendía suavizar y quitar parte de la amargura. Paseos por la cubierta del vapor, conversaciones que cambian de motivo, afán por decir mucho y al fin no decir nada; por fin, besos y abrazos... ¡Toca la sirena! El vapor se despega del muelle... en él siguen los que quedan... ya no se les oye, pero hablan los pañuelos... por fin se perdieron de vista...

Al salir vemos el «PLUS ULTRA» descansando tranquilo, mecido por aguas del Plata y... anhelando repetir la hazaña.

Poco a poco perdemos de vista la inmensa ciudad de Buenos Aires... después, hasta las costas argentinas, son solo una línea borrosa... Por las turbias aguas del ancho río y guiados por las señales de una valización modelo, seguimos rumbo al Uruguay, a cuya capital, Montevideo, llegaremos ya entrada la noche.

Esperaba encontrarme al compañero y amigo con quien hice el viaje de ida, don Victorino, pero no aparece. Me acuesto, porque ya es muy tarde y me veo obligado a levantarme muy temprano; digo Misa y subo a cubierta; al poco tiempo aparece el amigo, que no vino anoche por una mala información; procuramos aprovechar los minutos, diciendo en poco tiempo lo que seguramente nos hubiera empleado muchas horas.

Por fin... también llega la hora de la despedida y salimos con rumbo a Río Janeiro, que ya conocéis por una de mis crónicas.

Del viaje de regreso muy poco porque todos sabéis lo principal; que no lo pasé muy bien. Pero esto me obliga a dedicar aquí un recuerdo de gratitud a quienes me prodigaron toda clase de atenciones y cuidados. A los Sres. Isasi-Isasmendi, los Merello, la Sra. Viuda de Ortiz, que no se separó de mí hasta dejarme en mi casa de Valladolid, al Capellán del vapor, al Médico, los camareros, todo el personal, y a

cuantos se interesaron por mi salud y a cada uno en la medida con que su buena voluntad y las circunstancias en que viajaban se lo permitieron, a todos conste aquí mi agradecimiento y la sinceridad con que pido a Dios les recompense y pague sus atenciones.

¡Cómo habían de esperar ustedes que escribiera esto, aquel pobre sacerdote a quien sostuvieron con inyecciones, a quien tuvieron que vestir y llevar en brazos hasta el ascensor y de allí a cubierta, cuando llegamos a Canarias!

Pues aquí me tienen de nuevo en mi puesto y con el ánimo de encontrar ocasión propicia para testimoniarles con hechos que soy agradecido y no me olvido de los sacrificios que por mí se impusieron.

✠

No acierto a terminar esta charla. Estoy cierto de haber desempeñado mal el plan que me había propuesto; pero a la vez lo estoy de haber puesto de mi parte todo el

cariño y cuidado que merecían los amigos para quienes escribía y la atención que exigían los lugares y cosas que he visitado.

Creo que bien trasparentes quedan las lecciones que yo he sacado de este viaje; pero no me parece que estará mal repetirlas de nuevo a manera de epílogo.

1.° Una vez más, al volver a mi querida Patria, siento la satisfacción de ser español; porque España es grande y noble y buena; y, gracias a Dios, cada día va creciendo este concepto en todos los pueblos y particularmente en los que fueron sus hijos.

2.° Que lo único grande que tienen los pueblos es su fe religiosa, base y fundamento de su grandeza moral. Y que Dios reserva días de gloria a su Doctrina y a su Iglesia en aquellos pueblos nuevos y vírgines, como sus bosques y ríos cien veces seculares, que reciben, como tierra sedienta la lluvia, la doctrina y la moral purísima del Evangelio.

3.° Que aún no están formados estos grandes pueblos, aún les resta mucho camino

que recorrer, pero que son los pueblos del porvenir para todas las grandes causas de la humanidad, para los grandes ideales de la Ciencia, de la Justicia y sobre todo del Bien. Que ellos sabrán recoger la herencia, de todas las generaciones que han luchado en la vieja Europa, para con todo ese bagaje y las aportaciones propias, crear una generación culta, honrada, espiritualista enamorada de todos los grandes ideales.

No se les puede juzgar por lo que hasta aquí han hecho y lo que aparezca hoy en la corteza; les era parecido a estas Repúblicas, nacer y crecer materialmente; van llegando al pleno uso de todas sus facultades. El día, ya no lejano, en que esto suceda, las Repúblicas de lengua española brillarán con luz propia, y su ciencia y su literatura serán sanas y bien orientadas, y sus costumbres y tradiciones cuajarán en los moldes de una moral severa, honrada, digna y noble, tal como solo la puede inspirar la doctrina de Jesucristo.

Valladolid, mayo de 1926.

INDICE

	Páginas.
Dedicatoria.	5
¿Prólogo o explicación?	7
De Valladolid a Barcelona	11
De Barcelona a Cádiz	19
De Cádiz a Canarias	27
Canarias	33
La vida en el Vapor. I	39
La vida en el Vapor. II.—El paso de la línea..	47
Río Janeiro	53
Buenos Aires.	61
Los grandes Periódicos.	75
A vista de pájaro.—Obras Sociales . .	85
Conferencias de San Vicente de Paul	97

Páginas.

Más visitas con el P. Masferrer 107
En las Adoratrices 115
La Acción Social Católica en la Argentina 125
Liga Democrática Cristiana 139
Unión Demócratica Cristiana 153
Liga Social Argentina 160
Más sobre la Caja Dotal 167
Un viaje al Uruguy 177
Patronato Español 191
Sociedad Española de la Virgen del Pilar 203
Sol de España 210
El regreso 235

FINÓ ESTE LIBRO DE «IMPRESIONES» EN LOS
TALLERES TIPOGRÁFICOS DE LA CASA SOCIAL
CATÓLICA DE VALLADOLID, EL SÁBADO
30 DE OCTUBRE DE 1926, VIGILIA
DE LA PRIMERA FIESTA A JESU-
CRISTO REY, PARA GLORIA
DE DIOS, HONOR DE ES-
PAÑA Y SATISFAC-
CIÓN DE LOS AMI-
GOS DEL
AUTOR

SL 1030 40287

10000116938

IMPRESSIONS

IMPRESIONES
DE MI VIAJE